

SERAFÍN y JOAQUÍN  
ÁLVAREZ QUINTERO

---

# La rima eterna

COMEDIA EN DOS ACTOS

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER



SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

---

1914



JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
**Biblioteca Nacional**

Procedencia

T. BORRAS

N.º de la procedencia

2614

LA RIMA ETERNA

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction, réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

---

Copyright, 1910, by S. y J. Álvarez Quintero.

SERAFÍN y JOAQUÍN  
ÁLVAREZ QUINTERO

---

# LA RIMA ETERNA

COMEDIA EN DOS ACTOS

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER

---

Estrenada en el TEATRO LARA el 23 de Noviembre de 1910



MADRID  
IMPRESA DE REGINO VELASCO  
1914

Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

A LA MEMORIA

DE

LOLITA SÁNCHEZ MORA

DE ALVAREZ QUINTERO

721410



*... Podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.*

BÉCQUER.

# REPARTO

---

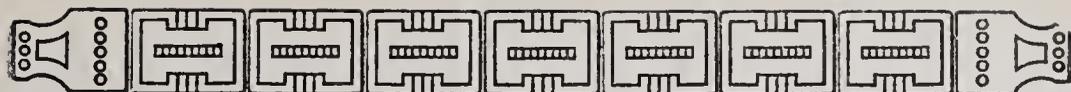
## PERSONAJES

---

## ACTORES

---

LA ENSOÑADORA.....	Concepción Ruiz.
ANA MARÍA.....	Joaquina del Pino.
ROSAURA.....	Mercedes Pardo.
LA SEÑORA IGNACIA.....	Leocadia Alba.
DON VIRGILIO.....	Ricardo Simó-Raso.
LEONCIO.....	Ricardo Puga.
TELMO.....	Luis Manrique.
DON JUANÍN.....	Francisco Barraycoa.
UN ZAGAL.....	N. N.



# ACTO PRIMERO

---

En tierras castellanas y en uno de los patios exteriores del muy noble y vetusto Monasterio del Valle, pasa la acción de esta comedia.

Hay en este patio ruinoso, cuyas piedras están careomidas y ennegrecidas por el peso y azote de los siglos, una tapia almenada al frente; a la derecha del actor, un elevado muro cubierto de hiedra y de campanillas azules, y a la izquierda una puerta de arco, sobre la cual aparece, borroso ya y deshecho, un rico escudo señorial. Por esta puerta se va a los patios interiores, al claustro, a las celdas, al olvidado templo. Por entre el muro de la derecha y la tapia se sale a poco andar a los fértiles campos que rodean el derruido edificio. Al pie del muro de las campanillas hay un anejo pilar que sirve de asiento, y al lado de la puerta dos o tres sillas toscas y algún banco.

Los jaramagos y las zarzamoras que asoman entrelazados por las almenas de la tapia, las amapolas y las margaritas, las espigas y plantas parásitas que erigen libres donde quiera, y el musgo y la yerba menuda que brotan entre las grietas de los muros y en el suelo, son pintoresco y fiel testimonio del abandono y soledad en que el vetusto y noble Monasterio se halla.

Es la hora del crepúsculo de una clara tarde de primavera.

---

Del interior del Monasterio sale TELMO, mozo despierto y vivo; de inquieta y preguntona mirada. y de tez morena, tostada y eurtida por el sol y el aire campestre. Va en mangas de camisa, y lleva

calzón corto, media azul y abarcas, y sobre la rapada cabeza sombrero de aneas alas deformado y roto. A poco de salir corre como pieado de curiosidad hacia el campo, y entabla un diálogo con un caminante que pasa lejos y a quien no se ve ni se oye.

**Telmo.** ¡Eh! ¡Eh! ¡Tío Carrascas! ¿Adónde bueno?— ¿Que adónde se va?— ¿Y a qué va usted ahora a Jarraque?— ¿Por qué?— ¡Ya!— ¿Y de dónde se viene?— ¿Y cómo es que viene ahora de Lentisco?— ¿Por qué?— ¡Ya!— ¿La mujer buena?— ¡Me alegro! ¡Que se alivie!— ¡Para pocos trabajos está el rucio!— ¡Vaya usted con Dios!... Reflexionando sobre el pasado coloquio. Ni vas a Jarraque, ni vienes de Lentisco, ni tiene mal de oídos tu mujer, ni confesándote con el cura dices tú una palabra de verdad, tío Carrascas. ¡A mí!

Sale en esto la SEÑORA IGNACIA, del interior del Monasterio también. Es abuela de Telmo y guardesa del abandonado edificio. Viste al uso de las viejas aldeanas de Castilla.

**Señora Ignacia.** ¿Con quién hablabas, Telmo? ¿Al fin con el caballero de ayer?

**Telmo.** No, señora, no; hablaba con el tío Carrascas.

**Señora Ignacia.** Por hablar te pereces. ¿Qué tienes tú que hablar con el tío Carrascas?

**Telmo.** Abuela, en estas soledades, a un pájaro que pase le he de preguntar por qué pía.

**Señora Ignacia.** ¿Y sabes que me tiene ya puesta en cuidado el tal caballero? Pero ¿es posible que no lo hayas visto ni divisado en parte alguna?

**Telmo.** Como si se lo hubiera tragado la tierra. Esta mañana me pidió el caballejo para recorrer muy a su sabor estos contornos, y hasta ahora. Y van a dar las oraciones.

**Señora Ignacia.** Mal hiciste en prestarle el animal sin saber quién era.

**Telmo.** Eso, no: el dedo no me lo chupo todavía. Primero, abuela, que su porte es el de un señor; segun-

do, que saludó como amigo a don Virgilio, y tercero, que me ofreció buenos dineros por el alquiler.

**Señora Ignacia.** ¿Por qué no subes al Monte Lunario a ver si desde lo alto lo divisas, antes que sea de noche?

**Telmo** Subiré, subiré; que más que a usted que no lo monta me importa a mí el caballo.—Aquí tenemos a don Virgilio.

Llega del campo DON VIRGILIO, en efecto. Es un viejo de sesenta años y de noble y serena presencia. Sus ropas son sencillas, de color oscuro. Trae quitasol y un libro.

**Señora Ignacia.** ¿De vuelta ya?

**Don Virgilio.** Ya de vuelta. Salí más temprano y he llegado hasta la Peña Vieja.

**Telmo.** ¿Hasta la Peña Vieja, don Virgilio, ha llegado hoy?

**Don Virgilio.** Sí.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Don Virgilio.** Sonriendo con bondad. Hombre, porque consulté con las piernas, y me dijeron que estaban dispuestas a llevarme. Se sienta en el pilar.

**Telmo.** Corriendo de improviso hacia el campo, como antes. ¡Eh! ¡Eh! ¡Nicanora! ¡Nicanora! ¡Mira qué maja vas!—¿Al mercado?—¿Y a qué vas al mercado?—¿Por una saya?—¿Para ti?—¿Por qué?—¡Ya!—¿Por qué?—¡Ya! ¿Es que quieres embobar a tu novio?—¡Anda con Dios!... Volviéndose a su abuela y a don Virgilio. Ni va al mercado, ni tiene dineros para una saya ni por donde le vengán, ni sabe a lo que sabe la miel de un novio. ¡A mí!

**Señora Ignacia.** No casques más y anda a lo que importa.

**Telmo.** Mal negocio es ese que importa, abuela. De aquí a un rato. Se va hacia el campo entonando una serranilla.

Por coger una rosa  
de tu ventana

me espiné las dos manos  
la otra mañana.

**Señora Ignacia.** No callará su pico, no.—Y usted, señor, deje ya el libro, que bastantes cosas sabe usted para llevarse como se lleva el día quemándose los ojos.

**Don Virgilio.** ¡Ay, señora Ignacia! Si ya no me quedan más camaradas que estos.

**Señora Ignacia.** Pero ¿no ha venido usted al Valle a reponerse, a olvidar su pena?

**Don Virgilio.** A olvidar, no; a reponerme, sí. Para mi pena no hay olvido, señora Ignacia; y tal vez en que no lo haya está el consuelo.

**Señora Ignacia.** Sí que es dolor a ningún otro comparado: ¡tener una sola hija y perderla!

**Don Virgilio.** Harto logro con andar de pie todavía, con apariencias de hombre vivo. Y dígame si en los doce días que aquí llevo, no soy ya otro del que llegó.

**Señora Ignacia.** Sí por cierto. Venía usted macilento y caído, y ya gracias a Dios se le ve otro semblante.

**Don Virgilio.** No es la primera vez que me devuelven la salud del cuerpo y la del espíritu a la par, estos puros aires de las cumbres vecinas, aún cubiertas de nieve; y eso que ya va bien entrada la primavera.

**Señora Ignacia.** ¡Oh! Para la salud no hay como el Valle. Esto es la flor de las dos Castillas. Bien canta la copla. Ya supieron los frailes donde ponían el Monasterio, ya. No se lo llevaron a ningún callejón sin salida. Si la gente se enterara de lo bueno que este sitio es, en lugar de esta soledad en que estamos ahora, esto sería una feria. Años atrás, en vida de don Miguel Rastrojo, el último conservador que tuvo el Monasterio, venían con bastante frecuencia en la primavera y en el verano, y aun en el otoño, extranjeros, ingleses, artistas, parejas de novios... otras parejas que me querían hacer creer a mí que eran de novios... ¿usted me comprende?... y pasaban aquí algunos hasta los quince y los

veinte días. Pero desde que murió aquel señor, y luego la señora Duquesa, esto ha quedado, don Virgilio, a las inclemencias del cielo. Al señorito don Enrique digo yo que se le da tanto de las tumbas de los abades y de sus parientes guerreros y príncipes, como a mí de las coplas de Caláinos.

**Don Virgilio.** Ah, no cabe duda. Pues pocos años más de este abandono incomprensible, y el Monasterio se vendrá a tierra. ¡Qué lástima!

**Señora Ignacia.** Eso dicen los extranjeros.

**Don Virgilio.** ¿Vienen algunos todavía?

**Señora Ignacia.** Contados ya. ¿No ve usted que cuesta Dios y ayuda llegar hasta aquí? Que si el tren, que si el otro tren, que si el coche, que si los burros... Por mucha afición que le tengan... Eso sí: los que vienen van de asombro en asombro. ¡Qué visajes al entrar en el claustro; y delante de la portada del templo; y en el templo mismo; y frente a la torre; y en las celdas!... ¡Oh! Salen alborotados. Pero yo les temo a esas visitas.

**Don Virgilio.** ¿Por qué, señora Ignacia?

**Señora Ignacia.** Porque como todo lo hablan en su jerga, francés o inglés o diablos encendidos, Telmo, mi nieto, que se quiere enterar de todo, no se entera de nada y se acuesta con calentura.

**Don Virgilio.** ¡Ja, ja, ja! Levantándose. Oiga: ¿y el muchacho que llegó ayer?

**Señora Ignacia.** Ésa es o'ra copla. A buscarlo ha salido Telmo, precisamente. Porque ha de saber usted que se fué de mañana a caballo y ésta es la bendita hora en que no ha parecido. Imagine usted, en un terreno tan engañoso y lleno de peligros como éste... Yo estoy sin sombra. ¿Usted conoce a ese caballero?

**Don Virgilio.** A él poco. A su padre lo conozco más.

**Señora Ignacia.** Y ¿qué tal es su padre?

**Don Virgilio.** Su padre—de usted para mí, señora

Ignacia— es un excelente sujeto; pero la verdad, se me figura que no anda muy firme de la rueda catalina.

**Señora Ignacia.** ¡Espantárame yo! No, si aquí, es particular; hace ya muchos años que no asoma bicho viviente en su sano juicio. Todos están chifletas.

**Don Virgilio.** Muchas gracias.

**Señora Ignacia.** Usted es de lo más sentadito que viene... y habla usted solo más que con las personas...

**Don Virgilio.** A pesar de ello, me parece que soy de fiar.

**Señora Ignacia.** Y otra cosa le digo. Si alguno acierta a llegar cuerdo, aquí se deja el seso que traiga. Es probado.

**Don Virgilio.** ¿Hay en el agua de la Fuente algún maleficio?

**Señora Ignacia.** Lo que hay es una de patrañas, y de cuentos, y de leyendas en boca de viejas y pastores, que mal fin tengan todos por el daño que hacen.

**Don Virgilio.** ¿Usted no cree en leyendas, señora Ignacia?

**Señora Ignacia.** No me busque la lengua, señor don Virgilio, que ya le conozco.

**Don Virgilio.** Pues usted dispense, señora mía; pero de todo se puede dudar menos de las brujas que hay en el Castillo de Trasmonte.

**Señora Ignacia.** ¡Las brujas de Trasmonte! ¡Alabado sea Dios! Así son todas las fantasías. Mire, señor: el sacristán de Trasmonte, que no es ningún duende, que se llama José Padilla, vino aquí a ver si conseguía de mí que lo dejara verse en estas soledades con el ama del cura, que tampoco es ningún espíritu; que se llama Dominica Sánchez. Bueno: pues yo mandé al sacristán... adonde tenía que mandarlo, naturalmente, con licencia de usted... y a los tres días de no dejarlo venir aquí... ¡brujas en el castillo de Trasmonte! Al buen entendedor... Crea usted, señor don Virgilio, que ésas son

invenciones de los poetas, que todo lo arreglan a su gusto.

**Don Virgilio.** Ahora me explico la mala voluntad que le tiene usted a la Ensoñadora.

**Señora Ignacia.** ¡Oh! ¡La Ensoñadora! ¡Condenación de rapazuela! ¡Esa sí que es local! ¡Esa sí que no tiene atadero!

**Don Virgilio.** Señora Ignacia, si es un encanto de chiquilla. Yo me embeleso oyéndola.

**Señora Ignacia.** Pues yo no la he despedido ya de aquí, porque no tiene en el mundo más que el día y la noche y la caridad que acá le prestamos, que si no... ¡Más harta estoy de sus embelecocos!... Viendo llegar a Telmo, de repente. Pero ¿qué es eso? ¿Qué le pasa a Telmo? ¿Qué traerá?

**Don Virgilio.** ¿Pues?

Aparece TELMO precipitadamente, jadeante y sofocado.

**Señora Ignacia.** Telmo, ¿qué sucede?

**Don Virgilio.** ¿Qué es ello, Telmo?

**Señora Ignacia.** ¿Alguna desgracia?

**Telmo.** No...

**Señora Ignacia.** ¡Sí!

**Telmo.** ¡No!...

**Señora Ignacia.** ¿Se ha despeñado el señorito?

**Telmo.** ¡No, señora!...

**Señora Ignacia.** ¿Te ha reventado la caballería?

**Telmo.** ¡No, señora!... Usted sabe que el puentecillo de allá abajo estaba para un susto...

**Señora Ignacia.** ¡Virgen del Valle! ¡Al agua han ido caballo y caballero!

**Telmo.** ¡No, señora!... No es nada malo, no. Al revés. Ustedes verán. El cochecillo de las monjas Damianas venía con gente del convento; y al entrar en el puentecillo, empezaron a crujir las maderas en tal forma, que los pasajeros se alarmaron y el mayoral también. Volvió el hombre grupas con gran prudencia, y

con tanta suerte, que apenas desanduvo lo que había andado, dos o tres tablones del puentecillo cayeron al río.

**Señora Ignacia.** ¡Jesús!

**Telmo.** ¡El agua saltó hasta las nubes! Yo lo vi. Milagro de la Virgen ha sido que no haya habido un mal suceso.

**Don Virgilio.** ¿Y quiénes iban en el coche?

**Telmo.** Tres personas. Una educanda, un viejecito y una señora a quien yo conozco. Haciendo memoria. ¿Dónde he visto yo a esa mujer? ¡Vaya si la conozco! ¡Y me da una rabia no acordarme!...

**Señora Ignacia.** Ya te acordarás. Sigue, sigue contándonos.

**Telmo.** Bueno, pues... pasado que fué el susto, se pusieron a pensar lo que hacían. El tren que iban a tomar en el apeadero de Majuela, por perdido: andando no llegarían a tiempo. Era fuerza pasar la noche en la posada de Trasmonte, que para señores no tiene conveniencias, o volver al convento otra vez, o venir a pasarla aquí, que es lo que yo propuse. Y aquí se encaminan. Porque la educanda dijo que lo que es al convento ella no volvía aunque se hundieran todos los puentes de la tierra; al viejecito se le ponían los pelos de punta de oírme a mí hablar de las pulgas de la posada de Trasmonte; y por lo que hace a la otra señora... Pero, hombre, ¿dónde la he visto yo? ¡Le digo a usted!... No es figuración, no... ¡Para mí es conocida aquella cara!

**Señora Ignacia.** Luego te acordarás, majadero. Acaba de referirnos el lance.

Principian a oírse los cascabeles del coche, que se acerca aprisa al Monasterio.

**Telmo.** ¿Eh? ¡Ya está ahí el coche!

**Señora Ignacia.** ¿El coche ya? Pero ¿por dónde has venido tú?

**Telmo.** ¡Andá! ¡Por el atajo, más ligero que el aire!

**Don Virgilio.** Pues yo voy a dejar quitasol y libro, y bajaré a saludar a los nuevos huéspedes, y a enterarme de si son cuerdos o locos, señora Ignacia; que cuerdos han de ser cuando no llegan aquí espontáneamente, sino por un azar desgraciado. Hasta ahora. Vase al interior.

Desde que empieza a sentirse el coche, Telmo y su abuela están más atentos a verlo llegar que a las palabras de don Virgilio. Al cabo llega y se detiene del lado del campo.

**Señora Ignacia.** Corre a ayudarles a bajar.

**Telmo.** ¿Ve usted? Esa señora guapa es la que yo digo que conozco. ¡Y la conozco! ¡Toma, si la conozco!

**Señora Ignacia.** Corre a ayudarles a bajar, novelero.

**Telmo.** ¡Así tuviera yo tan segura la gloria! Vase a escape.

**Señora Ignacia.** Observando a los recién llegados, mientras bajan del coche. ¡Mira qué bonita es la educanda! Como una azucena. No le va en zaga la acompañante. El viejo es el que no tiene traza de durar mucho. Peor está que el puentecillo, a lo que parece.

Pausa. Salen ROSAURA y ANA MARÍA, a corroborar con su presencia el buen juicio que de ellas se acaba de hacer. Ana María, de viaje; Rosaura, aún con el vestido de educanda de las Damianas.

**Rosaura.** Agradablemente sorprendida. ¡Ay! ¡pues si esto es un castillo feudal! Buenas tardes.

**Señora Ignacia.** Buenas tardes.

**Ana María.** ¿Cómo está usted, señora?

**Señora Ignacia.** Bien; para servir las.

**Ana María.** ¿Es cierto que podrá usted hospedarnos aquí esta noche?

**Señora Ignacia.** Es cierto, señora. Siempre tengo dos celdas dispuestas para cualquier caso. Ya he sabido el susto de ustedes...

**Ana María.** Aún no nos ha salido del cuerpo.

Vuelve TELMO con un par de sacos de viaje. Mira insistentemente a Ana María.

**Rosaura.** Por poquito dormimos en el agua todos, como las ondinas.

**Ana María.** No lo quiero pensar. Milagro ha sido de la Virgen del Valle. Yo soy muy devota de ella.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Señora Ignacia.** Milagro sería también que tú no preguntaras alguna cosa. Vamos adentro, cuando gusten. Vengan por aquí.

**Ana María.** Vamos donde usted diga.

**Señora Ignacia.** Telmo, ven tú también con esos maletines. Pasaré yo delante.

**Rosaura.** Vamos. Se detiene un momento a la puerta.

**Telmo.** ¿Le da a usted miedo, señorita?

**Rosaura.** ¿Miedo a mí? Éntrase en el Monasterio resueltamente.

**Telmo.** Siguiéndola y mirando siempre a la otra. ¡Vaya si la conozco!

**Ana María.** Pero ¿y don Juanín? Se llega al fondo y le da un par de voces. ¡Don Juanín! ¡Don Juanín! ¡Deje usted eso ahora! ¡Ya le pagaremos mañana! Contemplando con embeleso el lugar. Como entonces... todo igual que entonces... Con los ojos cerrados iría yo a la celda número 13.

Va a mareharse a tiempo que vuelve DON VIRGILIO, quien la saluda al cruzarse con ella.

**Don Virgilio.** Señora...

**Ana María.** Señor... Éntrase.

**Don Virgilio.** Con melancolía. Por el claustro del solitario Monasterio he oído la voz y la risa de una muchacha. ¡Ay!... A mí ya todo me ha de hablar de lo mismo.

El coche se aleja. A poco sale DON JUANÍN, de viaje también. Es un viejecillo enteramente inútil, que se cree imprescindible.

**Don Juanín.** Felices días.

**Don Virgilio.** Buenas tardes.

**Don Juanín.** Usted perdone, señor mío.

**Don Virgilio.** Usted dirá.

**Don Juanín.** ¿Es usted el administrador?

**Don Virgilio.** ¿Cómo?

**Don Juanín.** ¿O es usted el médico?

**Don Virgilio.** ¿Qué médico?

**Don Juanín.** El del balneario. ¿No es esto un balneario?

**Don Virgilio.** No, señor. Éste es el Monasterio del Valle.

**Don Juanín.** ¡Ah, caramba! Pues ¿cómo se me había metido a mí en la cabeza?... ¿Y hay monjas?

**Don Virgilio.** No, señor.

**Don Juanín.** ¿Y monjes?

**Don Virgilio.** Los hubo. El último murió hace dos siglos.

**Don Juanín.** ¡Qué contrariedad! ¿Entonces no vamos a poder hospedarnos?

**Don Virgilio.** Sí, señor. No hay monjes, pero hay hospedería.

**Don Juanín.** Ya. ¿Y es usted por dicha el encargado?

**Don Virgilio.** No, señor. Yo no soy más que un huésped; un visitante del Monasterio, curioso de sus tradiciones y recuerdos y ansioso de su soledad. Pero ya las señoras que venían con usted se están acomodando.

**Don Juanín.** ¿Ah, sí? Lo celebro, hombre. Figúrese usted que a mitad de camino...

**Don Virgilio.** Conozco, conozco el percance...

**Don Juanín.** Ah, ¿lo conoce? Pues hágase usted cargo, si les llega a coger a ellas solas... ¡qué tribulación! ¡Tan asustadiza como es mi sobrina! Y que para dos mujeres solas todo es un conflicto. Fortuna que yo me brindé a acompañarlas. Y diga usted: ¿aquí hay seguridad personal, o tendremos que dormir con la caja de pistolas a la cabecera de la cama?

**Don Virgilio.** Pierda usted cuidado. Los campesinos de estos contornos son gente muy noble y muy leal. Puede usted dejar las pistolas en la maleta.

Sale TELMO.

**Telmo.** ¿Y don Juanín?

**Don Juanín.** Aquí está don Juanín. ¿Qué hay?

**Telmo.** Las señoras que por qué no sube.

**Don Juanín.** ¿Eh, qué tal? No se hallan un minuto solas. Voy corriendo. A ver qué se resuelve...

**Telmo.** Ya está todo resuelto y a punto. Usted verá qué celda más maja la suya. ¡Con unas vistas... y una arboleda por delante!... No le dejarán dormir los rui-señores, no.

**Don Juanín.** ¡Los rui-señores! Aunque no piara uno, sería igual para mí. Es fatalidad; pero no siendo en mi propia cama, no consigo pegar un ojo.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Don Juanín.** ¡Porque no lo consigo! ¿Quién me guía?

**Telmo.** Yo mismo. Entre por esa puerta.

**Don Juanín.** Vanios, vamos. Beso a usted la mano, señor.

**Don Virgilio.** Adiós, caballero.

**Telmo.** Deteniéndose un punto antes de seguir a don Juanín, y entrándose luego tras él. ¡Una maleta más que han traído!

**Don Virgilio.** Calla y ve con él. ¡Sí que es un gran acompañante el don Juanín! Y por Dios que nunca vi día más accidentado en el tranquilo Monasterio. Se asoma al campo. ¿Y el huésped de ayer, el hijo de mi amigo? ¿Dónde andará? Malaventura sería que se hubiese extraviado lejos del Valle. Pausa. Ya brilla en el cielo la primera estrella de la noche. ¡Cuántas almas la esperarán acariciando en ella un ensueño vago e indefinible! En el Monasterio del Valle ha salido sólo para mí.

Salen ROSAURA y ANA MARIA.

**Ana María.** Esto es hermoso: ya lo verás mañana cuando amanezca.

**Rosaura.** ¿Cuando amanezca? Siempre será algunas horas después. Porque presumir que yo he de levantarme mañana con el sol, como en el convento, es desconocer la realidad de la vida.

**Ana María.** Sí, pero... ¿No hemos de seguir el viaje? ¿Y tu madre, Rosaura? ¿No piensas en ella?

**Rosaura.** Porque pienso en ella quiero dormir también. Mamá esta noche tendrá noticia de que nos detenemos aquí; y mamá sabe que el primer sueño que hago yo el día que salgo del convento es de catorce a quince horas. Así es que todo le pasará por la imaginación menos que yo madrugue mañana. Aquel caballero se sonríe.

**Don Virgilio.** ¿Quién, yo? Escucho complacido el coloquio de ustedes. ¿Son ustedes hermanas, y perdonen la libertad?

**Ana María.** No, señor: no somos más que amigas. La mamá de Rosaura está delicada de salud; no puede exponerse a las molestias de un viaje como éste, y me suplicó a mí que fuera por su hija al convento de las Damianas, donde se educa.

**Don Virgilio.** ¿Se educa usted en el convento de las Damianas?

**Rosaura.** Ya oye usted que sí.

**Don Virgilio.** ¿Y sale usted de él con mucha pena, señorita?

**Rosaura.** No, señor: al contrario. Salgo con alegría: como un pájaro a quien le abren la jaula. Y cuidado que las madres son unas benditas, y que el convento es un paraíso, y que el espíritu en él se recoge, y que una se hace una santa y habla con Dios... Pero allí falta algo.

**Ana María.** Rosaura...

**Rosaura.** A lo menos a mí.

**Ana María.** Rosaurita...

**Don Virgilio.** ¡Ja, ja, ja!

**Rosaura.** Y luego, señor, que, con permiso de mamá... y de Ana María, yo no he de ser monja—eso, ni pensarlo;—tengo dieciocho años cumplidos; voy al convento sólo para que las madres me eduquen... ¿No cree usted que ya estoy bastante bien educada?

**Don Virgilio.** Indudablemente.

**Ana María.** Aún le faltan algunos perfilillos...

**Rosaura.** Acaso. Pero yo te aseguro que a querer más lo que allí no tengo, no me van a enseñar las monjas. Todo lo que allí me hablan de la vida, lo oigo y lo entiendo, pero nunca he llegado a sentirlo. Le decía yo a una muchachá, educanda también, a quien encerraron tres días en un calabozo porque le descubrieron una carta de amores, que las monjas no tienen más que alma, y nosotras... ella y yo, tenemos alma... y corazón. ¿Verdad?

**Ana María.** No sé.

**Rosaura.** ¿Verdad, señor?

**Don Virgilio.** No sé tampoco. De ese particular sabe usted más que su amiga y que yo juntos.

**Rosaura.** Pues la hospedera nos ha dicho que es usted catedrático.

**Don Virgilio.** Sí; però no de Psicología. Y aun ya no lo soy. Ya no ejerzo. Lo fui, en una provincia de cuyo nombre no quiero acordarme, de Geografía, primero, y de Historia de España, después. Les he enseñado a unas cuantas generaciones de chiquillos que la tierra se mueve... y qué clase de gentes han poblado un trozo de la tierra. Bien poca cosa.

**Ana María.** ¿Y viene usted aquí a hacer estudios?

**Don Virgilio.** No, señora. Vengo buscando soledad y descanso. Salud para mi quebrantado cuerpo. Usted, por algo que he oído, parece conocer el Valle.

**Ana María.** Sí, señor. Estuve con mi marido hace algunos años. Tienen estos muros sombríos y estos campos alegres muchos recuerdos para mí. Entonces era yo más dichosa. Sin que esto sea quejarme de mi vida presente. Pero he entrado en el templo a pedirle a la Virgen que vuelvan para mí horas como aquellas. Y las espero. Y vendrán.

**Don Virgilio.** Pues ya verá usted, señora, si no lo

ha visto aún, que el Monasterio no es lo que era; y muy pronto, como siga tan abandonado, no será siquiera lo que hoy es: será un poético montón de piedras.

**Ana María.** ¿Y por qué es esto? ¡Qué dolor! ¿No hay quien vele por estas reliquias?

**Don Virgilio.** Cosas de los tiempos. De los pasados siglos, cada uno dejó su huella de arte, y de fe, y de vida, en el templo, en el claustro, en la torre del homenaje, en las murallas que circundan el Monasterio todo como una fortaleza. Los siglos modernos, no parece sino que no son tales hijos de aquellos otros, cuando con esta impasibilidad, que a los viejos nos da miedo y frío, los ven borrarse y desaparecer.

**Ana María.** Es verdad; es así.

**Don Virgilio.** Yo creo que el progreso de la humanidad será siempre incompleto, mientras los hombres, a medida que sondando en la obra de Dios descubren y crean nuevos prodigios, no tengan una mirada de veneración y de amor para los que fueron antes que ellos; para los que les señalaron el camino con rastro de lágrimas y de sangre. Pero los hombres son muy vanos. Y los hombres de nuestro siglo los más vanos de todos. Les oirán ustedes decir con petulancia: «¡Oh! ¡Si nuestros abuelos levantaran la cabeza!...» Y yo pienso: bien están en la región eterna donde se hallan. Porque si los artistas poderosos que crearon estas gigantes maravillas que embellecen a España, presenciaran la bárbara indiferencia con que las vemos desplomarse, es muy posible que nos despreciaran.

**Rosaura.** Usted no será ya catedrático, pero acaba de darnos una lección.

**Don Virgilio.** No lo he pretendido. Dispénsenme ustedes. Es tema que me lleva a hablar más de la cuenta siempre que lo toco.

**Ana María.** Convendrá usted conmigo, señor, en que todavía le faltan a esta muñeca algunos perfiles.

**Don Virgilio.** ¡No!

**Ana María.** ¿No? Es usted muy amable. Yo, en cambio, convengo con usted en todo lo que ha dicho.

**Don Virgilio.** Muchas gracias.

**Ana María.** Y qué, Rosaura: ¿nos llegamos a la Cruz, como querías?

**Rosaura.** Bueno; sí. Nos llegaremos a la Cruz.

**Ana María.** Hasta luego, señor.

**Don Virgilio.** Hasta luego.

Cuando van a marcharse llega la ENSOÑADORA del campo y se cruza con ellas. Unas y otra se detienen mirándose con curiosidad. La Ensoñadora es una mozuela interesante, de extraño y sugestivo aspecto. No se la puede ver sin preguntar quién sea. Viste una ropilla original, hecha en parte con restos del hatillo de unos saltimbanquis: falda corta de colorines, camisilla blanca, jubón de terciopelo deslucido y roto y abarcas deshechas del constante andar por los campos. Lleva siempre los cabellos adornados con flores silvestres. Es linda, delicada, de expresión ingenua. En sus ojos hay luz, misterio, amor. Tal vez pasa por ellos una ráfaga que acaso parece de locura; pero no es locura: es ensueño.

**Ana María.** Sorprendida al verla venir. ¿Quién es esta muchacha?

**Rosaura.** Qué extraña parece.

**Don Virgilio.** Será la Ensoñadora. Justo; ella es. Ensoñadora, Dios te guarde.

**Ensoñadora.** Y a todos.

**Don Virgilio.** ¿De dónde vienes?

**Ensoñadora.** De la Fuente.

**Don Virgilio.** ¿A qué fuiste?

**Ensoñadora.** Por agua de beber. Pero me olvidé el cantarillo.

**Don Virgilio.** Pues ¿qué te has hecho allí hasta ahora?

**Ensoñadora.** Ensoñar... escuchando el ruido de las aguas.

**Don Virgilio.** ¿No salió el gnomo?

**Ensoñadora.** No, señor, no salió. No se burle.

**Don Virgilio.** Sabes que no es burla. Y ya ves que han venido viajeros. Habrás caído en falta.

**Ensoñadora.** ¿Me reñirá la abuela?

**Don Virgilio.** Seguramente.

**Ensoñadora.** Será que lo merezco. Éntrase.

**Ana María.** Es original la chiquilla.

**Rosaura.** ¿Quién es?

**Ana María.** ¿Quién es?

**Don Virgilio.** La Ensoñadora la llaman aquí. La desesperación de la señora Ignacia y mi encanto. Podríamos decir que es la musa de este paraje. Vayan, vayan a su paseo antes que sea de noche, que luego tendremos aquí un rato de tertulia, según costumbre, y conocerán ustedes bien a la Ensoñadora, y la oirán hablar, que es un gusto oírla. Vayan, vayan a su paseo.

**Rosaura.** Pues anda, Ana María. Cuéntame de camino la leyenda que sabes de esa Cruz que vamos a ver.

**Ana María.** Ah, sí. Es muy bonita. Verás. Perseguían a una mora enamorada de un cristiano los más fieles vasallos de su padre, y al llegar la mora a la Cruz, rendida y sin alientos ya... Desaparece por el campo con Rosaura.

Vuelve a salir TELMO.

**Telmo.** ¿Qué es eso? ¿Se van las señoras?

**Don Virgilio.** Sí.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Don Virgilio.** Pregúntaselo a ellas.

**Telmo.** ¿Y adónde se van? ¿Adónde se van?

**Don Virgilio.** ¿A ti qué te importa, curioso?

**Telmo.** ¡Como si yo no fuera a enterarme! Mire usted, don Virgilio: ya sé quién son las dos, cómo se llaman, de dónde vienen, adónde se dirigen, la vida que llevan... El vejete se sale como agua en cesto. La más joven es de Guadalema: se llama Rosaura, y es de fa-

milia muy principal. La educan en el convento de las Damianas, porque parece ser que es muy dada al amor: no puede tener ni el corazón tranquilo ni los ojos quietos. La otra también es de familia hidalga. Está casada, pero su marido ha ido en busca de plata a las Américas. Tenían dineros, sino que un mal golpe de la fortuna los dejó a buenas noches. No sé si tienen tres hijos o tienen cuatro. Yo no lo sé porque el viejo no lo sabe tampoco. Ella acompaña a la señorita porque la mamá padece reuma. El padre murió del corazón. Una mañana, ¡ah! se les quedó como un pajarito. El vejete es hermano de él. Va para los ochenta. Sacando las babuchas de la maleta lo he dejado. Oiga usted: se pone todos los días las botas cambiadas para no torcer los tacones. Está chocho ya. Ha sido médico y le da por las antigüedades. Además—y esto sí que es chusco—tiene ya escrita de su puño y letra la papeleta de su defunción, para cuando cierre el ojo no dar que hacer a nadie. ¿Qué me dice usted?

**Don Virgilio.** Nada, porque tú te lo dices todo, galopín. Pero, con averiguar tanto y tan bueno, no sabes todavía una cosa importante.

**Telmo.** ¿Qué cosa?

**Don Virgilio.** En dónde has visto alguna vez a la señora guapa que acompaña a la colegiala.

**Telmo.** ¡Y tiene usted razón! ¡Y no lo sé! ¡Y yo la conozco! ¿No he de conocerla? Pero anda que... ¡Bonito soy yo para estas dudas! Le digo a usted que... A LEONCIO, que asoma taciturno en la puerta del Monasterio. ¡Hola! ¡Qué sorpresa! ¿Parecimos ya? ¿De dónde se viene? ¿Y el caballo? ¿Cómo tan tarde? ¿Se ha perdido usted por los atajos, verdad? ¿Y el caballo? Pero ¿qué le ocurre? ¿Y el caballo?

**Leoncio.** De mal temple. ¿Nada más tienes que preguntarme?—Salud, don Virgilio.

**Don Virgilio.** Venga usted con bien, amigo mío.

Leoncio, muchacho exaltado y ardiente, trae consigo, sobre el cansancio y la fatiga de una larga e infructuosa jornada a caballo, un humor negro que no quiere disimular. Se sienta apenas llega. Las impertinencias de Telmo lo irritan.

**Telmo.** ¿Y el caballo?

**Leoncio.** Allá en el patio adonde quiso llevarme lo solté. ¡El diablo que cargue con él y contigo!

**Telmo.** ¡Sí que es una respuesta!

**Leoncio.** ¡Animal más resabiado y más inútil!...

**Telmo.** ¡Oiga!

**Don Virgilio.** Deja a don Leoncio, que ya se advierte que no trae ganas de palique.

**Telmo.** ¿A que me lo ha deslomado usted por esos vericuetos?

**Leoncio.** No todo lo que hubiera querido yo.

**Telmo.** ¡Mire usted qué gracia! Éntrase en el Monasterio un tanto mohino.

Pausa.

**Leoncio.** Ensimismado. ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia! ¡Haberla visto una vez más... y lo mismo que siempre!...

**Don Virgilio.** Dirigiéndose a él. Joven: Leoncio amigo: si mis años y mi buena amistad con su padre me autorizan a hablarle así, yo le aconsejo que no se desespere por azaroso y duro que sea el trance en que se halle.

**Leoncio.** Gracias de corazón, señor don Virgilio. Ya la tempestad va pasada; pero le aseguro que me ha faltado poco para despeñarme desde lo alto de uno de esos montes bravíos, y acabar de una vez.

**Don Virgilio.** ¿Habla usted de que la tempestad va pasada, y aun se expresa en ese lenguaje? Es usted de una vehemencia muy peligrosa. Razón tiene la vieja.

**Leoncio.** ¿Qué dice la vieja?

**Don Virgilio.** Que no llega a este sosegado lugar persona que esté en sus cabales.

**Leoncio.** ¿Ah, sí? Pues yo les digo a usted y a la vie-

ja que lo que me sucede a mí le quita el seso al hombre más frío.

**Don Virgilio.** ¿Tan grave es?

**Leoncio.** Va usted a oírlo, y juzgará.

**Don Virgilio.** En buen hora.

**Leoncio.** ¿Recuerda usted aquella leyenda becqueriana que anoche evocábamos aquí en nuestra charla con la Ensoñadora?

**Don Virgilio.** ¿Cuál?

**Leoncio.** *El rayo de luna.* La historia romántica de aquel noble caballero de Soria, de aquel Manrique apasionado y soñador, que empieza cuerdo y acaba loco, creyendo seguir a una mujer ideal, y la mujer no es más que un rayo de luna, que ya juega entre los árboles a merced del viento que mueve sus hojas, ya tiembla en las tranquilas aguas del Duero.

**Don Virgilio.** Sí la recuerdo, sí. ¿Y es usted Manrique, por ventura?

**Leoncio.** No, sino por desdicha. Hace más de un año que lo soy.

**Don Virgilio.** ¡Cáspita!

**Leoncio.** En serio. Me confío a usted porque sé que no ha de reírse de mí. Usted es persona de sensibilidad; usted también ha tenido mis años, y sabe que cuando esta fiebre ardorosa del amor se apodera de la sangre y del alma, el mundo entero está en los ojos de una mujer. ¿Es así?

**Don Virgilio.** Así es.

**Leoncio.** A mí no me importa hoy que se apague por siempre la luz del sol, si en las tinieblas que rodeen luego eternamente al mundo he de ver brillar los ojos que yo quiero.

**Don Virgilio.** Vaya, que si no es usted el propio Manrique en persona, es usted el diablo en su figura. Siga con su leyenda.

**Leoncio.** No es leyenda, que es realidad.

**Don Virgilio.** Pues siga con su realidad.

**Leoncio.** Don Virgilio, yo estoy enamorado como un loco de una mujer bellísima, que pasa siempre ante mi vista como una ráfaga, como una visión, como un fuego fatuo de la noche... como un rayo de luna. No quiero fatigarlo a usted contándole cuántas veces la he visto surgir ante mis ojos y desvanecerse y desaparecer. Yo mismo dudo ya que siempre se me haya aparecido realmente y no en mi ilusión.

**Don Virgilio.** ¿Y esa mujer, quién es? ¿Usted lo sabe? ¿Tiene alguna relación con ella su visita de usted a este sitio, y sobre todo su vuelta de esta tarde deseperado y triste?

**Leoncio.** ¿No ha de tenerla, don Virgilio? ¿Usted cree que yo doy ahora un solo paso que no lo inspire el deseo de verla?

**Don Virgilio.** ¿Y la ha visto usted?

**Leoncio.** ¡La he visto como siempre: pasar! ¡Pero la he visto!

**Don Virgilio.** ¿Dónde?

**Leoncio.** ¡En el coche de las monjas Damianas!

**Don Virgilio.** ¿En el coche de...? ¿Qué me cuenta?

**Leoncio.** Sí, señor. ¿Por qué le maravilla?

**Don Virgilio.** Un poco de calma. ¿Según eso, ese rayo de luna que así le tortura a usted el corazón brilla en el convento?

**Leoncio.** Justo. La madre, guardadora de su belleza, celosa de todos los hombres, la encierra donde sólo puede verla Dios.

**Don Virgilio.** ¡Oh, amigo mío! ¡Gran misterio el que enlaza todas las cosas en la vida!... ¿Qué más? ¿Qué más?

**Leoncio.** Me inquieta el tono que empieza usted a darles a sus palabras.

**Don Virgilio.** Siga usted con la realidad de su leyenda.

**Leoncio.** Ayer a medio día llegué al Valle, como usted vió. Solté mis bártulos en una celda, y a buen andar, preguntando a pastores y caminantes, emprendí la marcha hacia el convento, y di con él cuando ya el sol trasponía las montañas. Por las tapias del jardín salían al aire voces de muchachas, que sonaban como piar de pájaros en el silencio de la tarde.

**Don Virgilio.** ¿Y oyó usted la voz de ella?

**Leoncio.** Clara y distinta: sí, señor. Y nunca la he oído. Pero aquella voz era la suya. Escalé destrozándome las manos y las ropas los negros muros de su cárcel, y me asomé al jardín por cima de la tapia.

**Don Virgilio.** ¿Y estaba allí, en efecto?

**Leoncio.** Allí estaba. Pero como si la mirada mía fuese el impulso misterioso que la aleja de mí, echó a correr de pronto por entre unos árboles corpulentos, y desapareció como si volara tras unas madreselvas. No la volví a ver.

**Don Virgilio.** Es particular la aventura.

**Leoncio.** Quedé abatido y sin consuelo; pero al menos adquirí la certeza de que allí estaba. Llegó la noche, y volví al Monasterio con unos trajinantes que acá me guiaron. Comí apenas, charlé con usted y con la Ensoñadora por distraerme, dormí poco, soñé mucho, y al amanecer me despertaron los pájaros. Entre sueños pensé yo que eran las voces de las muchachas en el convento. Le pedí a Telmo en hora mala su caballo, y de nuevo eché a andar hacia allá. No había manera de llevarlo por donde yo quería. Almorcé en un ventorro del camino, y cuando me disponía a seguir la marcha, por la carretera real pasó ligero, y oculto casi entre el polvo que levantaba, un cochecillo. Era el de las monjas, y allí iba.

**Don Virgilio.** ¿Iba allí?

**Leoncio.** Allí iba. Asomó su cara de rosa un momento para curiosear al jinete detenido, y la vi. Monté

de un salto en el caballo dispuesto a seguirla, lo espoleé con furia hasta destrozarle los ijares, y el pobre animal corrió tras el coche cuanto le permitieron sus escasos bríos, que fué bien poco por mi mala suerte. A mis ojos aparecía y desaparecía el coche entre los accidentes y revueltas del camino. Por una de sus ventanillas flotaba al aire un girón de velo o de chal, que a mí me parecía una mano que me llamaba. De repente, el caballo de Telmo se detuvo rendido, sudoroso, muerto de fatiga. Lo castigué: inútil. Lo acaricié: inútil. Parecía de piedra. En aquel instante adquirí el convencimiento de que mi desventura era ya inevitable y cierta. Y bebí mis lágrimas... cuando al trasponer una colina, vi por última vez la mano ideal que desde el coche me llamaba. Por encima de mi cabeza pasaron entonces unos gavilanes, que burlándose de la impotencia en que me veían, y señores del aire y del cielo, volaban a alcanzar el coche desaparecido, sin duda porque dentro de él habían divisado una paloma. Ahora llámeme usted Manrique o Leoncio, y créame cuerdo o visionario.

**Don Virgilio.** Pues... la verdad, prefiero llamarle a usted Leoncio, porque ése es su nombre de pila, en primer lugar, y en segundo, porque la historia de usted y la de Manrique son distintas.

**Leoncio.** ¿Y en qué consiste la diferencia, don Virgilio, si yo al postre he de concluir como Manrique?

**Don Virgilio.** En que Manrique seguía a un rayo de luna, sutil e impalpable, creyendo que era una mujer, y usted sigue a una mocita de carne y hueso, con dos ojos como dos estrellas. ¡Ahí es nada la diferencia, mi amigo!

**Leoncio:** ¡Oh! ¡sus ojos! ¡Si yo pudiera pintarle a usted sus ojos!

**Don Virgilio.** Perdería usted el tiempo lastimosamente.

**Leoncio.** ¿Por qué, señor?

**Don Virgilio.** Porque los he visto. Yo conozco a su rayo de luna.

**Leoncio.** ¿Que usted la conoce?

**Don Virgilio.** Y además he logrado lo que usted no ha logrado aún.

**Leoncio.** ¿Qué?

**Don Virgilio.** Hablar con ella y que me escuche.

**Leoncio.** ¿Dónde?

**Don Virgilio.** Aquí.

**Leoncio.** ¿Cómo aquí?

**Don Virgilio.** En el Valle.

**Leoncio.** ¿Pero ha estado en el Valle?

**Don Virgilio.** Sí, señor; y está.

**Leoncio.** ¿Que está en el Valle dice usted?

**Don Virgilio.** Y no muy lejos. Se lo he descubierto a usted poco a poco para que no enloquezca de veras y haya que sentir.

**Leoncio.** Don Virgilio, para burla es cruel. Usted me engaña.

**Don Virgilio.** Sería imperdonable. Un contratiempo del camino ha obligado a los viajeros del coche de las monjas a hacer noche aquí.

**Leoncio.** Pero ¿es posible eso?

**Rosaura.** Dentro, llamando. ¡Ana María!

**Don Virgilio.** Oiga usted si es posible.

**Rosaura.** ¡Ana María! ¿Tú también te has vuelto ensañadora?

**Leoncio.** Atónito, confuso, a la vez desconcertado por la sorpresa y la alegría. ¡Su voz! ¡Es su voz! Se asoma a verla, no dándoles entero crédito a sus oídos. ¡Y es ella! ¡ella misma! ¡Es ella, don Virgilio, es ella!

**Don Virgilio.** Pero ¿no se lo estoy yo diciendo a usted?

**Leoncio.** Hacia mí viene. Rayo de luna o rayo de sol, yo no quiero más luz para mis ojos.

Sale ROSAURA en dirección a la puerta del Monasterio. Al pasar

saluda a Leoncio con una leve inclinación de la linda cabeza. Leoncio corresponde a ella fascinado.

**Don Virgilio.** ¿Vuelve usted sola?

**Rosaura.** Mi amiga se ha quedado un poco atrás. Yo he vuelto aprisa por ver lo que ha sido del tío Juanín.

**Don Virgilio.** ¿Llegaron ustedes hasta la Cruz?

**Rosaura.** Sí, señor. ¡Y qué preciosa es la leyenda!

**Don Virgilio.** Tiene ese encanto de lo que si no ha sido, debiera haber sido, ¿verdad? Escuchada aquí, dudamos de ella y sonreímos acaso; oída junto a la Cruz nos estremece y la creemos. ¡Misterioso poder de la poesía de aquel lugar y de tantos! . .

**Rosaura.** Yo la he creído a pies juntillas. ¡La mora que se abraza a la Cruz, y abrazada a ella jura hacerse cristiana, y pasan sus perseguidores y no la ven porque la Virgen del Valle los deslumbra y los ciega! ¡Mire usted que es bonito! Ahora vengo, señor, a que hablemós mucho de todas estas cosas. Entra en el Monasterio.

Leoncio sugestionado por ella va a seguirla.

**Don Virgilio.** ¿Adónde va usted, loco de atar?

**Leoncio.** ¡Qué sé yo! ¡Tras ella!

**Don Virgilio.** No haga usted tonterías tan pronto, criatura. Es indudable que está usted muy enamorado.

**Leoncio.** Mucho. Y ahora más todavía. ¿Oyó usted nunca voz más suave, palabras más tiernas? ¿Por qué me ha dicho usted que no haga tonterías?

**Don Virgilio.** Porque usted no puede seguirla adonde va ella, y ella en cambio va a volver al instante donde usted está. ¿No se ha enterado?

**Leoncio.** Es cierto. Tendré calma.

Sale TELMO y se encara con él.

**Telmo.** ¡Señor mío, por lo visto se figuró usted que mi caballo era de palo! ¡Espolazos trae hasta en las orejas el pobre animal! ¡Sí que se puede uno fiar de la gente final! ¡No me sucederá otra, no! ¡Ni al rey que me lo pida se lo alquilo!

**Leoncio.** ¡No te apures, Telmo! ¡Razón te sobra en lo que dices! ¡Yo te pagaré cuanto quieras! ¡Más aún: yo te compraré en la feria de Trasmonte un caballo que vuela como los huracanes!

**Telmo.** Mirándolo recelosamente, como quien no da un cuarto de cominos por su juicio. ¡Ooooooh!

Sale también la SEÑORA IGNACIA y también se encara con él.

**Señora Ignacia.** ¿Pero usted, señor caballero, ni al muerza ni come? ¿Se alimenta del aire, quizás?

**Leoncio.** ¡Del aire! ¡Y me sobra para vivir! Impaciente, llégase a la puerta del Monasterio y mira ansioso al interior.

**Telmo.** ¡Ooooooh!

La señora Ignacia va a hablar aparte con don Virgilio. Telmo, naturalmente, se acerca al sabroso olor de lo que hablan.

**Señora Ignacia.** Diga usted: ¿es loco?

**Don Virgilio.** No, señora: peor.

**Señora Ignacia.** ¿Tonto?

**Don Virgilio.** Las dos cosas juntas: está enamorado.

**Señora Ignacia.** ¿Que está enamorado? ¿De quién?

**Don Virgilio.** De un rayo de luna.

**Señora Ignacia.** ¡Ave María Purísima!

**Telmo.** ¡Ooooooh!

**Señora Ignacia.** ¡No; si este Monasterio acabará en casa de orates! ¡Si lo tengo pronosticado!

A la vez que ROSAURA sale del Monasterio, llega del campo ANA MARÍA. Leoncio y ella se saludan cortésmente, Telmo la observa con tenacidad. Con Rosaura sale DON JUANÍN. Unos y otros se van sentando donde quieren o pueden, dispuestos todos a conversar un rato en amor y compañía.

**Rosaura.** ¿Sabes, Ana María?

**Ana María.** ¿Qué?

**Rosaura.** El tío Juanín...

**Don Juanín.** El tío Juanín... Mire usted cómo se ríe la muy picarona...

**Ana María.** ¿Por qué se ríe?

**Don Juanín.** Porque me encerré en mi celda por den-

tro, como acostumbro siempre que viajo—a escribirle a su madre contándole lo sucedido,—y se encajó la puerta y no podía salir.

**Rosaura.** ¡Si yo no llego en su socorro y empujo, no sale!

**Ana María.** Sí hubiera salido, mujer. Total, con un esfuerzo... ¿Verdad, don Juanín?

**Don Juanín.** ¡Claro! Sólo que esta cascabelera lo mismo se asusta que se ríe.

**Ana María.** Suspirando. ¡Ay!...

**Señora Ignacia.** ¿Se ha cansado usted?

**Ana María.** Un poquitillo. Juraría yo que la Cruz está ahora más lejos que hace años.

**Telmo.** Atando cabos. ¿Más lejos que hace años?

**Ana María.** Pero la tarde es deliciosa.

**Don Virgilio.** Deliciosa. Es imponderable esta hora en este lugar.

**Ana María.** Ciertamente. ¡Y cómo se entran por el alma esta quietud y este silencio!

**Rosaura.** ¡Lo que gozo yo aspirando los olores del campo!

Rosaura ha advertido ya la intensa emoción de Leoncio al mirarla. Ella, por su parte, no dirá nada en lo sucesivo que no sea para hacerse agradable a sus ojos.

Del interior del Monasterio sale sonriente y humilde la ENSOÑADORA.

**Señora Ignacia.** ¡Vaya! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! ¿Qué vienes tú a pintar aquí?

**Don Virgilio.** La he llamado yo, señora Ignacia. Sabe la Ensoñadora que gusto hablar con ella. Además, querían conocerla bien estas damas.

**Señora Ignacia.** ¡Una novelera; una visionaria; una loca! Lo mismo que... ¡Pero tente, lengua, que al buen callar le llaman Sancho!

**Don Juanín.** ¿Has visto, Rosaura? Es curiosa la muchachuela.

**Rosaura.** Ya la conocía.

**Don Virgilio.** La señora Ignacia, que quiere mucho a la Ensoñadora, se lleva con ella muy mal, porque la Ensoñadora sostiene que en el castillo de Trasmonte hay brujas, y la señora Ignacia cree que es otra cosa lo que hay.

**Señora Ignacia.** ¡Y muy distinta! ¡Telmo lo sabe como yo!

**Telmo.** ¡Sí, sí; brujas!

**Ana María.** Ensoñadora, ¿tú conoces bien el castillo ese?

**Ensoñadora.** En él nací, señora.

**Ana María.** Ah, ¿naciste en el castillo?

**Ensoñadora.** Sí.

**Rosaura.** ¡Nació en el castillo! ¿Y cómo es eso? Pues ¿qué eran tus padres?

**Ensoñadora.** Leñadores que allí tenían su albergue. Yo recuerdo que cuando yo era niña, en las noches más tenebrosas del invierno, bajaban mis padres a los bosques, burlando a los guardas, a cortar leña de los troncos, y me dejaban a mí sola. Por eso sé yo mejor que nadie lo que hay en el castillo.

**Don Juanín.** ¿Brujas?

**Ensoñadora.** Brujas... y espíritus... y almas en pena... y luces que corren por el suelo en la oscuridad... y voces que hablan unas con otras en la noche.

**Rosaura.** ¿Y tú no sentías miedo?

**Ensoñadora.** Mucho miedo; mucho. Y quería bajar del castillo al bosque con mis padres. Pero ellos no querían.

**Señora Ignacia.** Diga usted que todo eso es pátroña; invención que ella se forja a su capricho. ¡Sus padres! ¡sus padres! ¡La dejaron ir con unos payasos!...

**Ensoñadora.** ¿Y eso, qué?

**Ana María.** ¿Con unos payasos?

**Ensoñadora.** Sí. Yo era muy dada a referir consejas,

a cantar canciones, a decir romances. Una noche de tempestad acertaron a guarecerse en el castillo unos tiriteros que iban de paso. Me oyeron decir mis romances y mis consejas, y quisieron llevarme con ellos. Se convinieron con mis padres, y con ellos me fuí. Yo soñaba con verme puesto un vestidillo de colores que me enseñaron.

**Señora Ignacia.** Y aun se viste con harapos de aquella gentuza.

**Don Virgilio.** Déjela usted, señora Ignacia.

**Telmo** ¡Que cuente lo que hacía por los pueblos!

**Rosaura.** ¿Qué hacía?

**Don Juanin.** A ver, a ver lo que hacía por los pueblos.

**Ensoñadora.** Lo que me mandaba el señor Bustos, que con todos era malo y conmigo bueno. Decíame: «Ahora vas a salir a hacer de princesa enamorada.» Y yo salía, y con las palabras que discurría yo misma, hacía de princesa. Decíame otra vez: «Ahora has de hacer de loca.» Y me soltaba el pelo, y hablaba mil disparates como las locas, y la gente reía y aplaudía.

**Don Virgilio.** Pero lo más curioso de la vida de esta chiquilla, con serlo eso bastante, empieza cuando vino al Valle y la señora Ignacia la amparó.

**Ana María.** Bien hizo la señora Ignacia.

**Señora Ignacia.** ¿Y quién no hubiera hecho lo mismo, si la trajeron los saltimbanquis enferma y malherida de un porrazo, y los padres o lo que fueran habían muerto ya? ¡Y mal que me pese le tengo ley a esta maldita de cocer!

**Rosaura.** ¿Y dice usted, señor; que desde entonces es más interesante su vida?

**Don Virgilio.** Sin duda alguna. Atiendan ustedes. Es el caso que un viajero un tanto distraído que vino al Valle...

**Señora Ignacia.** ¡Uno de los mil malas cabezas que andan por el mundo!

**Don Virgilio.** Se dejó olvidado en la Peña Vieja, donde iba a leer y a meditar, un libro inestimable.

**Ensoñadora.** Y yo me lo encontré una mañana vagando por aquellas alturas.

**Don Virgilio.** Y ya verán ustedes para qué lo encontró.

**Ensoñadora.** Yo no sabía leer; y aquel libro no tenía estampas; pero a mí se me figuró al verlo abierto, y abandonado en aquel lugar tan solo, que era para mí, que me pedía que lo leyera, que debía de tener historias de amor y cuentos de doncellas.

**Telmo.** ¡Y aprendió a leer no más que por enterarse del libro!

**Rosaura.** ¿Aprendió a leer?

**Ensoñadora.** Y bien pronto. Porque yo imaginé que era aquel libro al igual que esas oraciones que hay que aprenderlas cuando se oyen y hay que decirlas cuando se saben. Un pastor me enseñó las letras, y luego yo sola, de noche y de día, con el alma en los ojos, trabajé afanosa hasta entenderlo. Y según lo iba yo deletreando, se me aumentaba la sed de entenderlo algún día tan claramente como los romances y las consejas y las canciones, para repetirlo también. Y cuando lo entendí de esa manera, lo leí muchas veces. Donde podía, donde nadie me veía leerlo. En el claustro, y junto a la puerta de la iglesia, y entre los lirios que crecen al pie de las sepulturas de los monjes, y en la tapia de las campanillas azules, y en la peña donde lo hallé, y en los remansos que forma el río, y oculta entre los álamos que cercan la Fuente... ¡Oh! ¡lo he leído tanto ya, que aunque me lo robara una bruja, aprendería a escribir como aprendí a leer y lo escribiría todo entero!

**Señora Ignacia.** Una bruja, no, pero como yo logre atraparlo, despídete de él, que al fuego va.

**Rosaura.** Pues será un dolor.

**Señora Ignacia.** Pero ¿usted sabe, señorita? ¡Si el di-

choso libro ha concluído de trastornarla! Imposible contar con ella. Me hace falta cuando menos se piensa para cualquiera menester, ¿y en dónde estará la Ensoñadora? ¡Y la Ensoñadora está en la iglesia, con la oreja pegada a la sepultura de algún guerrero, que de verla no más se eriza el pelo y entra frío, o está en el claustro mirando en las bóvedas los nidos de las golondrinas y diciendo versos como una tonta!

**Ensoñadora.** Inconscientemente.

*Volverán las oscuras golondrinas  
en tu balcón sus nidos a colgar...*

**Señora Ignacia.** ¿Ve usted?

**Ana María.** ¡Ah! Pero ¿el libro que la ha cautivado es el de Bécquer?

**Rosaura.** ¿Es el de Bécquer?

**Ana María.** ¿Lo has leído tú?

**Rosaura.** Conozco algunas rimas que me decía al oído mi compañera; la que encerraron por causa de la carta del novio.

**Ana María.** Ya.

**Don Virgilio.** Bécquer... Gustavo Adolfo Bécquer...

**Don Juanín.** Aquellos eran otros tiempos... ¿Verdad, señor?

**Don Virgilio.** Para usted y para mí, sin duda.

**Ana María.** Pues ahora que sé quién es el poeta, comprendo todo el hechizo de la Ensoñadora.

**Don Virgilio.** Tan poderoso es, que yo le ofrezco otros libros bellos y no los quiere. Principia a leerlos y los deja y vuelve con más amor al que la cautiva. El espíritu del libro ha llenado el suyo, se ha fundido con él, y ha engendrado en su alma aquellas nieblas luminosas, y aquellos embelesos inefables, y aquellos ensueños sin voz y sin palabras que temblaban como la luna en los lagos en el alma del gran poeta.

**Rosaura.** ¿Quieres decirnos alguna rima para que te oigamos?

**Señora Ignacia.** ¡Que si quiere! Suspirando está. ¿No le ve usted los ojos como ascuas?

**Rosaura.** Pues di alguna; sí.

**Ensoñadora.** ¿Y cuál he de decir, señorita?

**Rosaura.** La que quieras.

**Ana María.** La que mejor recuerdes.

**Ensoñadora.** Las recuerdo todas igual.

**Rosaura.** Aquella tan preciosa que dice que mientras haya primavera en el mundo...

**Ensoñadora.** Ah, sí; la rima eterna.

**Ana María.** ¿La rima eterna?

**Don Virgilio.** El dueño del libro abandonado glosó y comentó a su gusto, con sutil ingenio, todas sus páginas. Y a esta rima que vamos a oír de labios de la Ensoñadora, le llamaba la rima eterna, sin duda porque vió que en ella Bécquer supo evocar las eternas fuentes de poesía. Habrá poesía, dice...

**Rosaura.** Mientras haya primavera.

**Don Virgilio.** Y mientras no penetremos en el misterio de la vida.

**Ana María.** Y mientras haya quien recuerde... y espere.

**Leoncio.** Mirando fijamente a Rosaura. Y mientras quede un suspiro de amor y haya una mujer que nos enamore.

**Ensoñadora.** Espontáneamente, cruzadas sobre el pecho las manos y fija en un punto del espacio la vista, dice la rima con ingenua ternura, con sencillez de niña, pero con clara conciencia de su hondo sentido poético.—Cada uno de los personajes escucha con mayor emoción, que debe exteriorizarse de manera muy delicada, aquella estrofa que más le interesa y conmueve.

*No digáis que agotado su tesoro,  
de asuntos falta, enmudeció la lira:  
podrá no haber poetas; pero siempre  
habrá poesía.*

—  
*Mientras los ondas de la luz al beso  
palpiten encendidas;*

*mientras el sol las desgarradas nubes  
de fuego y oro vista;  
mientras el aire en su regazo lleve  
perfumes y armonías;  
mientras haya en el mundo primavera,  
¡habrá poesía!*

—  
*Mientras la ciencia a descubrir no alcance  
las fuentes de la vida,  
y en el mar o en el cielo haya un abismo  
que al cálculo resista;  
mientras la humanidad siempre avanzando  
no sepa a do camina;  
mientras haya un misterio para el hombre,  
¡habrá poesía!*

—  
*Mientras sintamos que se alegra el alma  
sin que los labios rían;  
mientras se llore sin que el llanto acuda  
a nublar la pupila;  
mientras el corazón y la cabeza  
batallando prosigan;  
mientras haya esperanzas y recuerdos,  
¡habrá poesía!*

—  
*Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran;  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira;  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas;  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!*

Cae el telón

FIN DEL ACTO PRIMERO





## ACTO SEGUNDO

Los sucesos de este acto pasan en el mismo lugar que pasaron los del anterior, pero a distinta hora. Es por la mañana.

En el campo, a lo lejos, un ZAGAL canta alegremente esta copla:

**Zagal.** La nieve se va del monte;  
ya viene la primavera:  
voy a buscar en Trasmonte  
una moza que me quiera.

Así que la copla termina, salen LEONCIO y la ENSOÑADORA de la parte del campo. La Ensoñadora trae una gran brazada de flores diversas, que luego deja en el pilar que hay al pie del muro de las campanillas.

**Leoncio.** ¿Y dices que en toda la noche no se te ha ido del pensamiento la rima eterna?

**Ensoñadora.** En toda la noche, señor. Nunca la dije que más adentro me sonara.

**Leoncio.** ¿Y hasta en sueños has vuelto a repetirla?

**Ensoñadora.** Y con ella en los labios desperté, como si fuera la oración de la mañana.

**Leoncio.** ¿Por qué habrá sido ello, Ensoñadora?

**Ensoñadora.** Si lo supiera yo... Y si yo acertara a explicarlo... Yo vi, cuando empecé a decir la rima, alentar a la señorita muy alegre; y vi entristecerse a don

Virgilio; y suspirar sin suspirar a la otra señora, y a usted mirar embelesado... Esto es lo que yo sé.

**Leoncio.** ¿Y cómo pudiste ver tanto, si dijiste la rima con los ojos fijos en el cielo?

**Ensoñadora.** Pues es verdad: con los ojos en el cielo la dije. Pero lo vi, lo vi. Si no se viera más que lo que se mira...

**Leoncio.** También es cierto.

Canta de nuevo el Zagal un poco más cerca que antes.

**Zagal.** Primavera, yo quisiera  
que me dieras una flor;  
primavera, la primera  
de la huerta del amor.

Llega la SEÑORA IGNACIA, también del campo. En la mano trae un cestillo con frutas.

**Señora Ignacia.** Si como cantas cuidaras el rebaño, no habría tanto que hablar de que ha venido el lobo.

**Leoncio.** Bien canta, bien canta el zagalillo.

**Señora Ignacia.** Natural es que cante bien: un buen pájaro fué su padre, y su madre una buena pájara... ¿A quién había de salir el mozo? Estremeciendo con un grito a la Ensoñadora, que está ensimismada. Leoncio escucha el coloquio sonriéndose. ¡Eh! ¿En qué piensas tú? ¡Temprano principian hoy las telarañas en el aire!

**Ensoñadora.** Oía cantar a Risco.

**Señora Ignacia.** Repitiendo, con mal contenido enojo, las palabras de la Ensoñadora. ¡Oía cantar a Risco!... ¿Y la leña?

**Ensoñadora.** Orilla del hogar la puse.

**Señora Ignacia.** ¡Orilla del hogar la puse!... ¿Y el pan?

**Ensoñadora.** Bautista ha de traerlo.

**Señora Ignacia.** ¡Bautista ha de traerlo!... ¿Viste a la tía Ñasca?

**Ensoñadora.** Vila.

**Señora Ignacia.** ¡Vila! ¡vila! ¡La vi; se dice!

**Ensoñadora.** La vi.

**Señora Ignacia.** ¿Tiene chorizos buenos?

**Ensoñadora.** Eso no sé.

**Señora Ignacia.** ¿Pues no fuiste a buscarlos?

**Ensoñadora.** Sí fui; pero me dió miedo hablarle, señora Ignacia.

**Señora Ignacia.** ¿Miedo por qué? ¿No ibas con tus dineros por delante?

**Ensoñadora.** Como dicen que está embrujada y que hace mal de ojo...

**Señora Ignacia.** ¡Bah! ¿Le parece a usted, señor caballero? ¡Quítate de mi vista! ¡Si llego a ser tu madre yo, no cumples los años que tienes: te mato antes a golpes con una buena vara de fresno! Reparando en la brazada de flores. ¿Qué flores son ésas?

**Ensoñadora.** Unas que he cogido para la señorita que anoche llegó.

**Leoncio.** Acompañada y secundada por mí, señora Ignacia. ¿Qué hay?

**Señora Ignacia.** Hay que Dios los cría y ellos se juntan, señor mío. A mí fachendas tan de mañana, no. Tengo muy mal amanecer.

**Leoncio.** ¡Ja, ja, ja! Al contrario que el de las flores.

**Señora Ignacia.** Si con eso ha querido usted llamarme ortiga o cardo borriquero, mejor para mí. ¡La falta que le estarán haciendo a la señorita Rosaura esas flores que no valen un maravedí, harta como estará ella de ver rosas y ver claveles y cuanto Dios crió de lo fino!

**Ensoñadora.** No las cogí porque le hagan falta, sino por ofrecérselas. Y le llevo lo que los campos dan. Lirios y margaritas, y rosas de pasión, y violetas silvestres. Y campanillas y madreselvas. Y espigas y amapolas también. Y muchas de todos colores que yo no sé nombrar. Ésta es la primavera del Valle.

**Leoncio.** Las muchachas gustan de las flores por pobres que sean.

**Ensoñadora.** Y entre las del Valle, nunca las encun-

tré tan lindas como las de hoy. ¿Me deja usted que las desbroce un poco, señora Ignacia?

**Señora Ignacia.** Allá tú. No has de hacer cosa de más provecho...

La Ensoñadora se acerca al pilar y se sienta a arreglar las flores

**Ensoñadora.** Mire: aún conservan rocío. Como son más bonitas, lloró más la noche al despedirse de ellas...  
Con ingenua espontaneidad.

*Mientras haya en el mundo primavera...*

Dice este señor que las flores en primavera tienen más conciencia de que son flores...

**Señora Ignacia.** Perpleja. ¿Usted dice eso?

**Leoncio.** Sí, señora Ignacia. Y lo digo porque sé que las flores sienten y ríen y lloran como las mujeres. La señora Ignacia lo mira con recelo. Leoncio sigue, entre burlas y veras. Yo, deshojando una margarita, al arrancarle cada hoja, he sentido un lamento.

**Señora Ignacia.** Dispuesta a retirarse, por no oír más cosas extraordinarias. ¡Estornude usted, para decir Jesús tres veces!

Sale del Monasterio DON VIRGILIO.

**Leoncio.** Ah, ¿cree usted que no es cierto?

**Señora Ignacia.** ¡Y tanto! ¿Quién ha de pasar tamaño despropósito, señor mío?

**Don Virgilio.** ¡Pero, señora Ignacia, que apenas sale el sol ya está usted riñendo!

**Señora Ignacia.** ¡Y reñiré un día, don Virgilio, cuando los gallos empiecen a cantar! ¿Piensa usted que una persona en su sano juicio puede vivir en paz entre tantos locos?

**Leoncio.** ¿Cómo locos?

**Señora Ignacia.** Locos: y el primero de todos usted, que está peor que el don Quijote.

**Leoncio.** ¡Ja, ja, ja!

**Señora Ignacia.** ¡Ángela María! ¡Que las flores se quejan!... Vaya, vaya, me marchó; que no soy dada a

descararme con nadie, si no es en un repente. Se va al interior con sus frutas.

Ríen de buena gana Leoncio y don Virgilio, y sonrío la Ensoñadora.

**Don Virgilio.** Negada a toda idealidad; a toda fantasía. No hay para ella más verdad que la que tocan sus manos y ven sus ojos.

**Leoncio.** Yo le he cogido el flaco, y me divierto en exaltarla con invenciones maravillosas. ¿Se descansó, señor don Virgilio?

**Don Virgilio.** A medias nada más. Me acosté con el espíritu muy despierto.

**Leoncio.** Yo también.

**Don Virgilio.** Como paso los días en el Valle siempre tan solo y tan aislado, y ayer vinieron las cosas a sacarme de ese recogimiento, de ahí mi intranquilidad y mi insomnio.

**Leoncio.** ¿Y ahora?

**Don Virgilio.** Ahora me alejaré un buen trecho y me pondré a leer allá a la sombra de los álamos. Si me arrullan mucho sus hojas, no es difícil que me quede dormido.

**Leoncio.** La mañana es fresca y agradable.

**Don Virgilio.** ¿Y las viajeras?

**Leoncio.** Duermen todavía. Al menos yo no las he visto.

**Don Virgilio.** Entonces duermen.

**Leoncio.** Es posible. Y voy a aprovechar su sueño para hacerle a usted una pregunta.

**Don Virgilio.** Diga usted.

**Leoncio.** ¿Conoció usted nunca criatura más bella?

**Don Virgilio.** Más bella que cuál: porque vienen dos.

**Leoncio.** Más bella que la más bella, don Virgilio: más bella que Rosaura. ¿Es ceguera de enamorado cuanto le dije a usted ayer? ¿Hay en el mundo mujer más divina?

**Don Virgilio.** Melancólicamente. Quizás no la haya... pero tal vez la hubo...

**Leoncio.** Recordando. Ah; es verdad. Perdone.

**Don Virgilio.** ¿Usted sabe?

**Ensoñadora.** Sí, señor don Virgilio: yo le he contado esta mañana...

**Don Virgilio.** Ya. La Ensoñadora conoce bien y entiende mi dolor. ¡Si viera usted, amigo mío, qué tristeza me causó ayer la risa de esa muchacha, que oí de pronto resonar desde lejos allá en las bóvedas del claustro!

**Leoncio.** Lo comprendo: ¿le recordó sin duda?...

**Don Virgilio.** Sí.

**Ensoñadora.** Don Leoncio también se interesa mucho por su pena. Háblele, don Virgilio.

**Don Virgilio.** ¿Para qué?

**Leoncio.** Para darle a usted el consuelo de ser escuchado. Se lo debo ya. Desde ayer.

**Don Virgilio.** ¡Ay, amigo Leoncio! Cuando encuentro quien de veras me oye, como en este caso, se abre mi corazón fácilmente. Yo no vivía más que para mi hija. Murió su madre al nacer ella, y en ella junté mis dos amores. Y la vi crecer fascinado de su belleza; conmovido de su ternura. Había en sus ojos claros una luz suave y celestial, que acariciaba y resplandecía. Había en su alma pura no sé qué misteriosa atracción de lo desconocido y de lo ignoto. Ahora ya me doy a creer que era todo ello vaga inquietud de estar en la tierra.

**Leoncio.** ¿La perdió usted hace mucho tiempo?

**Don Virgilio.** Pronto hará tres años.

**Ensoñadora.** Y no sabe de qué murió.

**Don Virgilio.** No lo sé. Ni entonces lo supe, ni lo supo nadie, ni después he podido saberlo tampoco. Amaneció un día diciéndome: «Me voy... me muero.» Y la vi desde aquel día palidecer, y agostarse, y morir. Y acudí a la ciencia de los hombres lleno de terror, y

la ciencia de los hombres sólo acertó a confirmar que se moría. ¡Oh! Yo a los hombres ya no tengo nada que preguntarles.

**Leoncio.** Es verdad.

**Don Virgilio.** Porque, ¿qué me responderían, si no alcanzaron a detener su muerte, si no supieron hallar las fuentes de su vida, cuando yo les dijera que es la violeta mi predilecta flor, y que en la tierra donde ella descansa han brotado unas violetas que no ha sembrado nadie?

**Leoncio.** ¿Unas violetas?

**Don Virgilio.** ¡Que me miran como sus ojos!

**Ensoñadora.** ¡Qué misterio!

**Don Virgilio.** Misterio, Ensoñadora. Tú has dicho la palabra. ¡Misterio! Misterio en la vida y en la muerte, en los abismos del mar y del cielo. Yo le agradezco a usted, amigo mío, esa emoción con que me oye.

**Leoncio.** Sincera y profunda: lo puede usted creer.

**Ensoñadora.** Pues todavía lo será mayor cuando le refiera lo que le sucedió escribiendo.

**Leoncio.** ¿Qué?

**Don Virgilio.** Escuche, ya que es capaz de atenderme así. Mi hija se fué del lado mío, y yo la siento a todas horas a mi alrededor. Me acompaña en mis solitarios paseos; me aguarda en mi celda, me consuela en mi gran quebranto, me besa en la noche. Alguna vez siento su mano tenue y suave, que ordena mis cabellos; que seca mi frente... En vida ella me escribía algunos trabajillos que le dictaba yo, por aliviar así la fatiga de mi tarea. La pluma volaba en su mano, y la huella delicadísima que iba dejando sobre el papel la comparaba yo al paso de una mariposa en la nieve. Llegó aquel día, más triste que ninguno, en que tuve yo que escribir lo que ella hubiera escrito si viviera. Mi mano se crispaba, entorpecida más bien por mi dolor que por su pérdida costumbre. En un momento de

gran cansancio, surgió en mi pensamiento una idea y la mano se negó a escribirla. Cerré los ojos abatido... La idea vagaba en el cerebro entre tanto... No sé qué tiempo estuve así. Cuando de nuevo incliné la cabeza sobre el papel me estremecí al mirarlo. Por él había pasado la mariposa. La idea estaba escrita. ¿Fué su mano blanca? ¿Fué la mía que fingió su escritura? No sé... no sé... Sólo sé que guardo desde entonces aquel pedazo de papel como una reliquia.

**Ensoñadora.** ¡Oh! ¡Fué su mano!

**Don Virgilio.** ¿Lo crees tú?

**Ensoñadora.** Yo sí.

**Don Virgilio.** También yo.

*¿Vuelve el polvo al polvo?*

*¿Vuela el alma al cielo?*

Así pregunta tu divino poeta, doliéndose de la triste soledad en que quedan los muertos. Y yo pienso que cuando el dolor nos purifica, los muertos no quedan tan solos: algo de ellos vive con nosotros, o algo nuestro se muere con ellos. Pero la verdad, ¿quién la sabe?

**Leoncio.** Le he hecho a usted llorar, don Virgilio.

**Don Virgilio.** A Dios gracias. Estas lágrimas no me quemán los ojos. Lo que siento es haberlo entristecido a usted, que estaba tan alegre.

**Leoncio.** ¡Por Dios!

Se estrechan las manos.

**Don Virgilio.** Me voy al campo con mi pena, y lo dejo a usted aquí con su amor. También en el amor, que es vida, hay misterios hondos como el de la muerte.

**Leoncio.** También.

**Don Virgilio.** ¿Hasta luego?

**Leoncio.** Hasta luego.

Vase don Virgilio hacia el campo. Leoncio lo mira sin hablar.

**Ensoñadora.**

*Mientras haya un misterio para el hombre...*

**Leoncio.** ¡Pobre viejo! El dolor de los dolores es el suyo. Prestando oído hacia el Monasterio. ¿Eh?

**Ensoñadora.** ¿Qué?

**Leoncio.** Calla No. Me pareció que hablaba ella. Es el corazón que sube al oído y finge lo que quiere oír.

**Ensoñadora.** Pues las flores ya están desbrozadas y limpias.

**Leoncio.** ¿Y el libro?

**Ensoñadora.** ¿El libro? Mire usted no venga y lo vea la señora Ignacia.

**Leoncio.** Sí; que ha jurado quitártelo.

**Ensoñadora.** Para echarlo al fuego. Tanto valdría que me quemara a mí. De un oculto rincón del patio saca el libro de Bécquer. Está toscamente forrado, y tiene huellas de haber sido cien veces leído, al aire y al sol.

**Leoncio.** ¿Ése es el escondite?

**Ensoñadora.** No, señor, aquí lo traje esta mañana, para dárselo a la señorita, que me dijo anoche que quería leerlo. Yo lo tengo siempre muy lejos de aquí, entre unas peñas que forman un hueco, donde no puede entrar la lluvia, ni el aire apenas.

**Leoncio.** Hojeando el libro. Cuánta nota en las márgenes... Es curioso. Leyendo en una página.

*Si al mecer las azules campanillas  
de tu balcón,  
crees que suspirando pasa el viento  
murmurador,  
sabe que oculto entre las verdes hojas  
suspiro yo.*

**Ensoñadora.** Déme, no nos coja la señora Ignacia leyendo.

**Leoncio.** No hay cuidado. Lo que debes hacer es llegarte a ver dónde anda ahora, por si fuese el momento oportuno para entregárselo con las flores a la señorita.

**Ensoñadora.** Bien dice usted. Y voy a ello.

**Leoncio.** Aquí te aguardo yo.

**Ensoñadora.** No abandone el libro.

**Leoncio.** Nada temas, mujer.

La Ensoñadora se entra en el Monasterio. Leoneio, no bien se queda solo, apoyando un pie en el pilar y el libro en su rodilla, escribe dos líneas en una de las páginas. Después guarda una flor en la misma página, y lo cierra. Vuelve la ENSOÑADORA.

**Ensoñadora.** Está en la hospedería muy afanada. Aunque despierte a la señorita, voy a llevárselo ahora todo.

**Leoncio.** Muy bien. Toma el libro.

**Ensoñadora.** Traiga.

**Leoncio.** Y las flores.

**Ensoñadora.** Las flores. Voy corriendo a la celda.

Torna a marcharse al interior.

**Leoncio.** Jamás fué el amor mejor oculto que entre las hojas del libro de un poeta. Esperemos. Y esperemos mirando si el balcón de la celda se abre. Va a irse por el campo, y le sorprende y lo detiene la llegada de ANA MARÍA. ¡Oh, señora! Pero ¿está usted ya levantada?

**Ana María.** Así parece. Buenos días.

**Leoncio.** Buenos días. Mira inquieto, como buscando a Rosaura.

**Ana María.** No. Vengo yo sola.

**Leoncio.** Pues ¿y su amiguita?

**Ana María.** ¿Rosaura? Si la dejo dormir, hasta las tantas tiene hoy. El primer día que amanece fuera del convento, para que despierte hay que rociarle la cara como una flor.

**Leoncio.** Como una flor... ¿Y usted, por lo visto, vuelve ya de dar un paseo?

**Ana María.** Y bien largo. Salí por el patio de allá, ¡y qué sé yo lo que he caminado a estas horas!

**Leoncio.** ¿Conoce usted el sitio?

**Ana María.** Sí, señor.

**Leoncio.** ¿Ha estado usted otra vez en el Valle?

**Ana María.** Hace años. ¿Usted no?

**Leoncio.** No, señora. Es la primera vez que vengo.

**Ana María.** Pues le encantará, seguramente.

**Leoncio.** Ya me tiene encantado. Ayer, en el caballo de Telmo, erré todo el día por ahí.

**Ana María.** ¡Oígal! ¿Es usted quizás un jinete que primero estaba a la puerta de un ventorrillo...?

**Leoncio.** Sí, señora.

**Ana María.** ¿Y luego siguió un buen rato nuestro coche?

**Leoncio.** El mismo. Me sorprendió en estas soledades del campo, hallar caras tan bellas.

**Ana María.** ¿Le... sorprendió a usted?

**Leoncio.** Puedo jurarlo.

**Ana María.** No hace falta.

Sale TELMO como disparado del Monasterio, con dos ojos que son dos mil preguntas y dos orejas insaciables y en ayunas aún.

**Telmo.** ¡Felices días!

**Leoncio.** Felices.

**Ana María.** Hola, Telmo. A Leoncio. Pues vaya, vaya adonde ahora iba; por mí no se detenga. Esto tiene mucho que ver y que admirar.

**Leoncio.** Efectivamente. Ahora voy... a lo que usted ha ido tan de mañana: a vagar sin rumbo, a subir a la Peña, a charlar con cualquier pastorcillo... a hacer ganas para almorzar. Adiós, señora.

**Ana María.** Hasta después.

Se va Leoncio por el campo, y Telmo salta nerviosísimo en seguida que desaparece.

**Telmo.** Ni va a vagar sin rumbo, ni sube a la Peña, ni charla con ningún pastor, ni hace ganas para almorzar, ni almuerza. ¡A' mí!

**Ana María.** ¿Por qué dices eso?

**Telmo.** ¡Como que yo también vivo en la luna! ¡Como que soy el tonto del lugar!

**Ana María.** ¿Qué hablas, hombre?

**Telmo.** ¡Si en el pueblo me van a correr los rapaces!

**Ana María.** ¿Qué hablas?

**Telmo.** ¡Si veo visiones! ¡Si me da un chasco el primero que llega! Ya, ya. ¡Métame usted un dedo en la boca, a ver si lo muerdo!

**Ana María.** El abanico no diré que no, a ver si te callas.

**Telmo.** ¡A mí!

**Ana María.** ¡A ti! ¡a ti! A ti lo que te ocurre es que si la curiosidad fueran pulgas te llevabas el día rascándote.

**Telmo.** Eso sí: y la noche también. Pero lo que yo le digo a la señora es que ese señorito adonde va ahora mismo es a ver si se abre el balcón de la celda de la señorita Rosaura.

**Ana María.** Je.

**Telmo.** ¿Cómo je? ¿Por qué dice usted je?

**Ana María.** ¡Qué simpleza! Porque no se me ha ocurrido otra cosa. Sobre todo mirando la cara de bobo que pones.

**Telmo.** ¿De bobo? ¿Pongo cara de bobo?

**Ana María.** Acabada.

**Telmo.** ¡Métame usted un dedo en la boca!

**Ana María.** ¡Y dale!

**Telmo.** ¿Usted conocía al señorito?

**Ana María.** No.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ana María.** Porque no lo he visto hasta anoche.

**Telmo.** ¿Y... y...?

**Ana María.** ¿Y qué?

**Telmo.** ¿La señorita? ¿Lo conocía la señorita?

**Ana María.** Tampoco.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ana María.** Por lo mismo que yo.

**Telmo.** ¿Y don Juanín?

**Ana María.** Pregúntaselo a él, si te importa.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ana María.** ¡Ay, Jesús! ¡Porque lo sabrá mejor que yo!

**Telmo.** ¿Mejor que usted?

**Ana María.** ¡Claro!

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ana María.** ¿Por qué no te compras la rueda de la fortuna, que no trae más que preguntas y respuestas?

**Telmo.** Usted perdone. Es que me alimenta el averiguar lo que no sé. Desde que era así: me entra un hormiguillo, un hormiguillo... Y más vale saber que ignorar, ¡qué demonio!

Sale la ENSOÑADORA, para quien es una sorpresa grata la presencia allí de Ana María.

**Ensoñadora.** ¿Usted aquí, señora? Pensé que todavía descansaba. Buenos días.

**Ana María.** Dios te guarde, mujer. A descansar vengo. He paseado toda la mañana.

**Ensoñadora.** ¿Le gusta el Valle?

**Ana María.** Tanto como tú.

**Ensoñadora.** Tanto como yo, dice... ¿Oyes, Telmo? ¿Va a quedarse en él muchos días?

**Ana María.** No. Nos iremos esta tarde o mañana.

**Ensoñadora.** ¿Tan pronto? ¿Pues no le gusta mucho el Valle?

**Ana María.** Sí, pero...

**Ensoñadora.** Quédese más días; que a mí sí que me gusta usted. Me gusta verla... y escucharla... y me gustaría acompañarla por estos sitios. Y a la señorita también. Yo no sé explicar cómo es esto; pero sin haberlas visto nunca, se me figura que las conozco tiempo hace.

**Telmo.** Mira, mira, no salgas tú ya con quiméras ni con embelecocos.

**Ensoñadora.** ¿Yo?

**Telmo.** Quien conoce a la señora de antiguo, y sabe

de dónde y cómo y cuándo y por qué, porque estas cosas no son fantasías de las tuyas, es éste que habla.

**Ensoñadora.** ¿Tú?

**Telmo.** Yo mismo: Telmo Candil: el hijo de su padre.

**Ana María.** ¿Que tú me conoces?

**Telmo.** A punto he estado de romperme la cabeza contra un guijarro porque no daba en ello. ¿Usted no se acuerda de mí?

**Ana María.** Yo, no.

**Telmo.** Así andaba yo ayer. Y cuando esta media noche caí de golpe en la cuenta, me entró tal alegría que me puse a bailar en el catre. El canto de un pelo me faltó para ir a su celda y despertarla.

**Ana María.** ¿A qué?

**Telmo.** A decirle quién era.

**Ana María.** ¿Quién eras tú?

**Telmo.** Quién era usted.

**Ana María.** Eso lo sé yo perfectamente sin que tú me lo digas a media noche.

**Telmo.** Por esa reflexión no lo hice.

**Ana María.** Como que si lo haces, cuando te enteras bien de quién soy es esta mañana.

**Telmo.** ¡Usted vino al Valle otra vez, va para diez años!

**Ensoñadora.** ¿Sí?

**Ana María.** Justamente.

**Telmo.** ¡Y con su marido!

**Ensoñadora.** ¿Con su marido vino?

**Ana María.** Sí por cierto.

**Telmo.** ¡Y de luna de miel!

**Ana María.** De luna de miel.

**Telmo.** ¡Y no se pasó mal del todo!

**Ana María.** ¿Tú qué sabes?

**Telmo.** ¿No he de saberlo yo, si soy Telmillo, el que los guiaba muchas veces?

**Ana María.** Telmillo... Telmillo... Ah, sí... ya caigo: un chiquitín... ¡Cualquiera te conoce, muchacho! Y es verdad, es verdad que nos guiaste a muchos sitios.

**Telmo.** Y oye tú, Ensoñadora, una cosa chusca.

**Ensoñadora.** ¿De la señora? ¿Qué?

**Telmo.** De la señora y del señor. ¡Me prohibieron volver la cara!

**Ensoñadora.** ¿Por qué?

**Ana María.** Por que mirase donde iba pisando. Es tan curioso...

**Telmo.** Ya, ya. Sólo que no valió; porque yo cogí un pedacito de espejo de una de las celdas, y como caminaba delante, en el pedacito de espejo lo veía todo. ¡Y vi cosas buenas!

**Ana María.** No sé qué verías.

**Telmo.** Pues si le interesa a usted recordarlo...

**Ana María.** Calla, Telmo, calla.

**Ensoñadora.** ¿De manera que para usted el Valle, según eso...?

**Ana María.** Sí, Ensoñadora: está lleno de encanto, como para ti.

**Ensoñadora.** ¿Tiene muchos recuerdos de él?

**Ana María.** Muchos: los que más valen en mi vida. Aquí vi volar esas horas en que el amor florece; en que los enamorados cantan su amor como si fuera a ser eterno.

**Ensoñadora.** ¿Se embelesará usted entonces cada vez que reconozca un sitio en donde tan dichosa fué?

**Telmo.** ¡Ya está en sus glorias! ¡Ya está ensoñando ella! ¡Mírela: mírela!

**Ensoñadora.** Que calles, Telmo, y dejes hablar a la señora, que quiero oírla. Cuénteme.

**Ana María.** Pero ¿qué he de contarte, mujer?

**Ensoñadora.** Todo lo que se le acuerde de aquel tiempo; lo que ensueñe ahora...

**Ana María.** ¡Lo que ensueñe ahora!... No hay fuen-

te, ni peña, ni alameda, ni rincón oculto, que en mi memoria no avive lo que fué...

**Telmo.** ¿Recuerda la señora el día que quemaron las cartas?

**Ana María.** ¡Muchacho! ¿Pero cómo te acuerdas tú?

**Telmo.** ¿Yo? ¡Andá! ¡Si yo me acuerdo del primer pecho que me dieron!

**Ensoñadora.** ¿Qué cartas eran ésas?

**Ana María.** Las cartas de novios.

**Ensoñadora.** ¿Y las quemaron?

**Ana María.** ¡Claro! Todas.

**Telmo.** ¡Y ardieron bien!

**Ana María.** Sonriendo. Ya ellas en sí llevaban fuego suficiente.

**Ensoñadora.** ¿Y cómo fué el quemarlas? ¿Y dónde fué?

**Telmo.** En el camino que va a la presa.

**Ana María.** Al pie de los tres álamos grandes. Las partimos en mil pedazos, y hechas un montón, pusimos en torno y encima y debajo de ellas hojas y ramas secas de los álamos. Bastó una chispa y saltó la llama en el aire. ¡Qué crujir y qué chisporrotear y qué quejarse tantas ternezas juntas, como protestando de que nosotros mismos las quisiéramos convertir en cenizas!

**Ensoñadora.** ¿Y en cenizas se convirtieron?

**Ana María.** No todas; porque cuando la llama era más alta—¿te acuerdas, Telmo?—sopló de pronto el aire con furia, y allá fueron los mil pedazos donde quiso Dios. No hubo medio de volver a reunirlos. El viento de nuevo los esparcía. Y por aquí volaba una palabra de miel, y por allá otra, y otra por allá, y por este lado mi nombre y por el otro el suyo. Y allí quedaron todos, pedazos sueltos de una historia de amor, entre las hojas de los álamos, las flores del suelo y las aguas del río.

**Ensoñadora.** ¡Qué lástima! Si yo hubiera estado en el Valle los cojo uno a uno para guardarlos.

**Telmo.** ¡Que si quieres arroz, Catalina! ¿Te piensas tú que al poco rato no fuí yo a la busca? Pero con tan mala suerte, Ensoñadora, que pedacito que encontraba, o tenía escrito el nombre de Ana, o tenía escrito el de Luis. En resolución, nada nuevo; porque como yo sabía ya los nombres de los dos, no me enteraba de cosa alguna.

**Ana María.** ¡Ja, ja, ja!

**Ensoñadora.** ¿Y su esposo no vive con usted?

**Ana María.** Ahora, no.

**Telmo.** Están separados.

**Ana María.** Separados, no: lejos.

**Telmo.** ¿Qué más tiene?

**Ana María.** Pues sí tiene más.

**Ensoñadora.** Yo bien que lo entiendo.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ensoñadora.** ¿Y hace mucho que viven así?

**Telmo.** Cuatro años.

**Ana María.** Ya lo oyes.

**Ensoñadora.** ¿Por qué causá, señora, si tan bien se quieren?

**Ana María.** Ensoñadora, porque la vida no es siempre como una quisiera pintarla. Pero mientras haya esperanza de que vuelva a ser como fué...

**Telmo.** ¡Siempre se aparece la Virgen a los pastores!

**Ensoñadora.** ¿Tiene usted hijos?

**Telmo.** ¡Andá!

**Ana María.** Lo sabe todo mejor que yo.

**Ensoñadora.** ¿Cuántos tiene?

**Ana María.** Contesta.

**Telmo.** O son tres o son cuatro: en eso no estoy cierto.

**Ana María.** Son cuatro.

**Ensoñadora.** ¿Niños?

**Ana María.** No: la menor es niña.

**Telmo.** ¿Por qué?

**Ana María.** A eso sí que no puedo yo responderte.

**Telmo.** ¿Y cómo se llaman? ¿Cómo se llaman?

**Ana María.** ¿Cómo se llaman? Mira: cuando vuelva yo al Valle con mi marido y con ellos cuatro, como espero volver muy pronto, en el mismo lugar que entonces, quemaremos también las cartas que ahora nos escribimos, y que dicen cosas tan distintas. Y si se plaquel aquel aire que la otra vez sopló, y vuelan los pedazos, y tú vas a enterarte de lo que dice en ellos, en cada pedazo que encuentres hallarás escrito, en lugar de los nuestros, uno de esos cuatro nombres por que ahora me preguntas. Ya lo verás, Telmo, ya lo verás. Así es como quiero yo que te enteres de cómo se llaman mis hijos.

**Ensoñadora.** ¿Llora usted, señora?

**Ana María.** Todavía sin lágrimas; pero por si acaso...

**Adiós.** Éntrase en el Monasterio conteniendo un suspiro.

**Ensoñadora.** Viéndola alejarse.

*Mientras haya esperanzas y recuerdos...*

**Telmo.** ¿Qué murmuras tú?

**Ensoñadora.** ¿Yo? Nada... No he dicho nada... ¡Qué buena señora! ¿verdad?

**Telmo.** De lo poco. Y el señor también. Y rumboso y liberal si los hay.

**Ensoñadora.** ¡Y cómo se ve que se quieren!

**Telmo.** Se quieren, se quieren... No; y se querían, se querían... Me acuerdo una tarde .. Suspendiendo de pronto el apenas empezado relato, y dirigiéndose a una persona que pasa por el campo, y que por malos de sus pecados no le contesta ni una sílaba. ¡Eh! ¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Adónde bueno?— Ah, no me responde.—¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Se ha quedado usted sorda?—¡Y sigue sin volver la cara!— ¿De dónde se viene?—¡Como si no fuera con ella! ¿Por qué se callará? ¡Más tiene debajo de tierra que encima! Pero no sabe que da conmigo, que la sigo hasta el

pueblo.—¡Eh! ¡Señora Demetria!—De aquí a un rato.—  
¡Señora Demetria! Márchase corriendo.

La SEÑORA IGNACIA sale del Monasterio a las voces.

**Señora Ignacia.** ¿Adónde se va ese diablo? ¿Por qué grita así?

**Ensoñadora.** Porque ha pasado una mujer y no le ha contestado a sus preguntas.

**Señora Ignacia.** ¡Se condenará por curioso! Quédase contemplando a la Ensoñadora, que la mira y que no se mueve. Y esta noche va a salir una estrella de rabo.

**Ensoñadora.** ¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

**Señora Ignacia.** ¡Cómo lo sabe!... ¿Serás tonta? Eso es un decir que se dice siempre que ve una a su alrededor algo que no se explica.

**Ensoñadora.** ¿Y qué es lo que usted no se explica, señora Ignacia?

**Señora Ignacia.** Que todos los días, apenas amanece Dios, te vas a volar por esos campos, y hoy no sales del Monasterio.

**Ensoñadora.** No me riña... Si me quisiera oír, yo le contaría... Este amanecer, me alejaba de aquí con la primera luz cogiendo flores, y oí una voz, no sé si del cielo o de la tierra, que me dijo: «¡Ensoñadora! ¡No te vayas del Valle! ¡Vuelve al pilar de las campanillas!» Y le puedo jurar que antes de escuchar esa voz, mi sentir me decía lo mismo. ¿Usted no lo cree?

**Señora Ignacia.** ¿Lo de la voz? Ni pizca. ¿Cómo voy yo a creer en patrañas? Lo que sí deploro, ya que tú oyes esas voces del otro mundo, es que no te aconsejen mejores cosas. La de hoy, por ejemplo, te ha podido decir muy bien que me ayudaras a desplumar los pollos.

**Ensoñadora.** No me riña...

Sale del Monasterio ROSAURA, hecha una rosa fresca. Trae prendidas al pecho algunas de las flores de la Ensoñadora.

**Rosaura.** Santos y buenos días.

**Señora Ignacia.** Buenos días, señorita. Contesta tú, mujer.

**Ensoñadora.** Ya la vi al llevarle las flores.

**Rosaura.** Ya, ya nos vimos.

**Señora Ignacia.** ¿Ha dormido usted bien?

**Rosaura.** No, señora; que he estado muy inquieta.

**Señora Ignacia.** ¡Vaya por Dios!

**Rosaura.** Cosa rara en mí, ciertamente. Pero, nada, hice el primer sueño, y se acabó el dormir. No sé qué habrá sido.

**Señora Ignacia.** Ya, ya.

**Rosaura.** Oí cantar las alondras, y después de las alondras un enjambre de pájaros de todas castas; porque no parecía sino que todos los del cielo se habían dado cita en el jardín del claustro.

**Ensoñadora.** Los ahuyenta el Enero y el Mayo los trae, señorita.

**Señora Ignacia.** ¡Oiga! ¿Y don Juanín?

**Rosaura.** Dormido sigue.

**Señora Ignacia.** ¡Bendígalo Dios! Porque barrunto que es el único que se ha pasado de un solo tirón toda la noche; con tanto hablar de que no siendo en su cama no pegaba él un ojo.

**Rosaura.** ¡Ay, qué hermosa mañana! ¡Qué bien se respira! Mire las campanillas, qué preciosas.

**Ensoñadora.** Nacen mucho en estas ruinas.

**Rosaura.** También en el convento. Pero estas de aquí están más alegres. Y a mí me interesa ver que las abre el sol y las cierra la luna.

**Señora Ignacia.** ¿Eh?

**Rosaura.** ¿Qué guardarán cuando se cierran?

**Señora Ignacia.** Estupefacta. ¿Eh? ¿Pero usted también...?

**Rosaura.** ¿Cómo?

**Señora Ignacia.** ¿Usted también fantasea, y piensa romances, y le busca tres pies al gato?

**Rosaura.** ¿A qué gato, señora Ignacia?

**Señora Ignacia.** No; si estoy convencida; si es un aire que hay en el Valle, que a todo el mundo envenena y daña menos a mí.

**Rosaura.** ¿Por qué? ¿Por lo que he dicho de las campanillas?

**Ensoñadora.** La señora Ignacia a cuanto ella no comprende le llama locura y desatino.

**Señora Ignacia.** La señora Ignacia lo que dice, y usted perdone, señorita, si entra en la danza con todos ellos, es que serán verdad las historias que ésta refiere, y que en las entrañas de la tierra habrá hombrecillos enanos con tesoros muy grandes—ésta los llama no sé qué: *monos*, creo que los llama; —y que las flores se quejarán cuando les arranquen las hojas, como asegura el otro huésped, que para mí que anda perdido del seso; y que las campanillas se cerrarán para guardarse algo, como dice usted, y todo lo que se les antoje a usted, y a don Virgilio, y a la otra señora, que también es un poco romancera; pero hablemos en plata y vamos claros: si no guisa la señora Ignacia, ¿qué almorzamos hoy? ¡Pues no hay más que decir! ¡Y déjenme a mí de quimeras y de *monos* y de campanillas y de disparates! Se entra en el Monasterio.

Rosaura suelta la carcajada y la Ensoñadora sonríe.

**Ensoñadora.** La señora Ignacia, que tan buena es conmigo, ¿por qué no entenderá muchas cosas?

**Rosaura.** No sé. Dime tú, Ensoñadora; que deseaba que se fuera para preguntártelo: ¿el libro tuyo...?

**Ensoñadora.** ¿Qué? ¿Ha leído algo ya?

**Rosaura.** Algo he leído, sí. Pero contéstame: ¿de tus manos ha pasado a las mías?

**Ensoñadora.** Sí. ¿No ve la señorita que lo tengo que recatar de la señora Ignacia y de Telmo? Esta mañana lo saqué de entre el hueco de las peñas en que lo guardo, y apenas encontré ocasión lo llevé a su celda.

**Rosaura.** ¿Y nadie más que tú lo ha tenido?

**Ensoñadora.** Nadie más.

**Rosaura.** ¿Ni siquiera un momento?

**Ensoñadora.** ¡Ah! sí: un momento lo tuvo don Leoncio.

**Rosaura.** ¿Cómo se llama?

**Ensoñadora.** Don Leoncio: aquel caballero que ayer tarde...

**Rosaura.** Ya sé.

**Ensoñadora.** Él me ayudó también a coger las flores.

**Rosaura.** ¿Éstas?

**Ensoñadora.** Y aquéllas... Todas.

**Rosaura.** Todas...

**Ensoñadora.** ¿Y qué le ha llevado a pensar que alguien más que yo tuvo el libro?

**Rosaura.** Unas palabras que he hallado escritas en la historia del *Rayo de luna*.

**Ensoñadora.** Como ésas hay muchas en todo él.

**Rosaura.** Como ésas, no. Pensativa. Encantadas palabras...

**Ensoñadora.** Son del viajero que lo dejó olvidado.

**Rosaura.** No: ésas son del viajero que tuvo el libro en sus manos un solo instante.

**Ensoñadora.** ¿Sí?

**Rosaura.** Sí.

Aparece LEONCIO, que viene de la parte del campo. Él y Rosaura se miran con emoción suprema, y sin palabras se saludan. La tierra que pisan alborozada se estremece, y flotando en olas de armonía puede oír un poeta rumor de besos y batir de alas. La Ensoñadora los contempla absorta, con reveladora alegría. Tras breve silencio, Leoncio le dice:

**Leoncio.** Ensoñadora, ¿no sabes?

**Ensoñadora.** ¿Qué?

**Leoncio.** En la Peña Vieja, donde encontraste el libro del poeta, ha nacido una extraña flor.

**Ensoñadora.** ¿Una flor en aquella aspereza?

**Leoncio.** Y bella y singular como no vi ninguna hasta ahora. Tiene pétalos claros y transparentes, que parecen de luz, y otros cárdenos y rojizos, como un celaje del anochecer. Su aroma, que perfumá el ambiente, embriaga, deleita... y hace llorar. Ve a verla.

**Ensoñadora.** Sí; a verla voy. Pero ¿no me engaña?

**Leoncio.** Tú verás cómo no.

**Ensoñadora.** Pues ha sido de ayer a hoy: es flor de esta aurora; que ayer estuve yo en la Peña, y no había flor alguna. ¿Qué viento llevó allí la semilla? Voy a verla. Se va hacia el campo sugestionada y trémula de emoción.

**Leoncio.** A Rosaura, cuando la Ensoñadora desaparece. ¿Y usted, cree en esa flor original que ha nacido de ayer a hoy?

**Rosaura.** ¡Pobre Ensoñadora!

**Leoncio.** No la compadezca: lleva la ilusión del camino.

**Rosaura.** Sí; pero cuando llegue y no la vea...

**Leoncio.** ¿Y quién sabe si la verá? Su espíritu soñador le pone delante de los ojos lo que quiere. No suele ver las cosas a la luz que ellas tienen en sí, sino al reflejo divino que ella les presta cuando las mira. ¿Le entregó a usted su libro?

**Rosaura.** Sí.

**Leoncio.** Las flores ya he visto que se las entregó.

**Rosaura.** Ruborosa. Sí.

**Leoncio.** ¿Aun no habrá usted leído...?

**Rosaura.** Sólo algunas rimas.

**Leoncio.** ¿Nada más? Rosaura calla. ¡Oh, las rimas de Bécquer!

**Rosaura.** Una compañera mía del colegio sabe de memoria muchas de ellas.

**Leoncio.** Y se las recita a usted al oído. Contestando a la sorpresa de Rosaura. Lo dijo usted ayer.

**Rosaura.** Es verdad. Le pedí el libro a la Ensoñadora porque tenía sed de leerlas todas; y ayer, después que le oímos aquélla, se avivó mi deseo.

**Leoncio.** Son de una delicadeza infinita; de un poder expresivo y sentimental, que inquieta y conmueve. No parecen escritas con palabras humanas, sino como soñaba él, con «suspiros y risas, colores y notas...» ¡Cuántas veces, en los vagos temblores del alma, que sabe y no sabe lo que desea, suben a los labios sus versos! Mirando con pasión a Rosaura.

*Hoy la tierra y los cielos me sonríen,  
hoy llega al fondo de mi alma el sol...*

**Rosaura.** ¡Qué linda es ésa! ¡Creer en Dios porque lo mira una mujer!...

**Leoncio.** Los enamorados, Rosaura, desdeñan el mundo que hizo Dios para todos, si ese mismo Dios no hace otro mundo aparte para ellos.

**Rosaura.** No sé...

**Leoncio.** ¿No sabe?...

**Rosaura.** Acabo de salir del convento de las Damianas.

**Leoncio.** Sí; pero una compañerita le apuntaba al oído...

**Rosaura.** Cosas de colegialas siempre.

**Leoncio.** ¿Siempre?

*Si se turba medroso en la alta noche,  
tu corazón,  
al sentir en tus labios un aliento  
abrasador,  
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo  
respiro yo.*

¿No le dijo nunca esta estrofa su amiga?

**Rosaura.** Turbada. No... no recuerdo...

**Leoncio.** ¿Y ésta?

*Cuando se clavan tus ojos  
en un invisible objeto,*

*y tus labios ilumina  
de una sonrisa el reflejo,  
por leer sobre tu frente  
el callado pensamiento,  
que pasa como la nube  
del mar sobre el ancho espejo,  
diera, alma mía,  
cuanto deseo:  
¡la fama, el oro,  
la gloria, el genio!*

**Rosaura.** Calle usted, por Dios...

**Leoncio.** ¿Que calle?

**Rosaura.** ¿He dicho que calle? No... no he querido decirlo... No sé lo que digo... Hable cuanto quiera...

**Leoncio.** Sí he de hablar... ¿Encontró usted una flor inesperada entre las páginas del libro de la Ensoñadora?

**Rosaura.** Sí.

**Leoncio.** ¿Y unas palabras escritas por mi mano junto a ella?

**Rosaura.** También.

**Leoncio.** ¿Conoció usted quién las había escrito?

**Rosaura.** Guardé la flor.

**Leoncio.** ¿Y las palabras?

**Rosaura.** Ésas quedaron, como la huella de la flor, en el libro.

**Leoncio.** ¿Y lo que dicen?

**Rosaura.** En mi memoria está.

**Leoncio.** ¡Oh! ¡ilusión de mi vida! Nunca pude creer en este momento. Persigo tu luz tiempo hace. Llegué a pensar que ibas a ser siempre para mí rayo de luna fugitivo, llama que borra el viento, voz lejana que me llamaba sin saber adónde... Eso llegué a pensar... ¡y te veo y me miras, y te hablo y me escuchas, y siento en el mío los latidos de tu corazón inquieto!

**Rosaura.** Inquieto, sí...

**Leoncio.** ¿Qué temes?

**Rosaura.** Nada... y todo. No sé... También en el libro del poeta he leído rimas desgarradoras, de un gran desencanto de amor, del amor herido en el corazón por la espalda...

**Leoncio.** ¡Oh! Ese amor no es el nuestro: no lo será nunca. Nuestro sol es el de las alondras. Nuestro amor es el que deshace el cielo en rayos de oro y estremece la tierra con el batir de sus alas invisibles. Las golondrinas que en tu balcón del Valle cuelgan esta primavera sus nidos, volverán siempre a contemplar tu hermosura y mi dicha. ¿Qué dices? Habla. Necesito oírte.

**Rosaura.** Sí; pero no ahora.

**Leoncio.** Ahora, no; razón tienes. A la noche; cuando todo repose en el Valle; cuando sólo la luna vigile el Monasterio. ¿Verdad?

**Rosaura.** Sí.

**Leoncio.** Asómate entonces al ancho balcón de tu celda, y al pie verás mi sombra.

**Rosaura.** ¡Silencio!

**Leoncio.** ¿Qué?

**Rosaura.** Alguien llega.

**Leoncio.** No importa: recordamos páginas del libro de la Ensoñadora. Fingiendo que disimula para quien llega, y en rigor haciendo suyas una vez más las elocuentes palabras del poeta.

*Dos jirones de vapor  
que del lago se levantan,  
y al juntarse allí en el cielo  
forman una nube blanca;  
dos ideas que al par brotan,  
dos besos que a un tiempo estallan,  
dos ecos que se confunden.  
eso son nuestras dos almas.*

Aparece un poco antes la ENSOÑADORA y se detiene oyéndolo.

**Rosaura.** Ensoñadora, ¿ya fuiste a la Peña?

**Ensoñadora.** Ya fui.

**Leoncio.** ¿Y me perdonas el engaño, Ensoñadora?

**Ensoñadora.** ¿Engaño? ¿Qué engaño, si allí está la flor, tan bella como me la pintaba?

**Leoncio.** Allí está la flor... Adivinación fué de mi espíritu. Yo no sé qué soplo divino pasa hoy por el Valle.

**Rosaura.** Yo tampoco lo sé. Pero sé que quiero leer el libro de la Ensoñadora.

Rosaura y Leoncio se despiden en voz muy queda. Él se va por el campo y ella entra en el Monasterio. Antes de desaparecer, se miran.

**Leoncio.** ¿Hasta la noche?

**Rosaura.** Hasta la noche.

**Leoncio.** ¿Por qué será el día tan largo y la noche tan breve?

**Rosaura.** ¿Qué importa que sea largo este día, si es más alegre que ninguno?

**Leoncio.** Adiós.

**Rosaura.** Adiós.

Durante este corto dialogo, apagado y tenue, la Ensoñadora, contemplando a los enamorados, y en voz también muy queda y dulce, dice:

**Ensoñadora.**

*Mientras haya unos ojos que reflejen  
los ojos que los miran;  
mientras responda el labio suspirando  
al labio que suspira;  
mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas;  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!*

Cuando dice el último verso, ya está sola. El telón ha ido cayendo lentamente.



## DESPUÉS DE LA COMEDIA

---

Si al terminar el segundo acto se levantara por dicha el telón para el clásico saludo al público de los intérpretes, la ENSOÑADORA, sola en escena todavía, y sin desposeerse de su aire poético e ingenuo, dirá así:

**Ensoñadora.** En la última página del libro encontrado un día por mí en la Peña Vieja, escribió el desconocido viajero: «Este divino poeta no tiene en su patria un recuerdo que a todos hable de su gloria.» De tan sencillas palabras nació el pensamiento que ha dado vida a esta comedia. Es él, elevar en tierra sevillana, no lejos del río a cuyas orillas soñó el poeta dormir «el sueño de oro de la inmortalidad», el recuerdo que echó de menos el viajero desconocido; misterioso viajero que olvidó para mí su libro en aquella aspereza donde hoy ha brotado una flor... Quienes compusieron LA RIMA ETERNA, para ello la compusieron no más. Hija del ideal, nació y creció entre alegría sana y gene osa y lágrimas que reposan el corazón. Y al ofrecérosla hoy, os piden indulgencia para ella, calor y simpatía para el intento que le dió el ser, y amor para el poeta de las golondrinas...



Inaugurado el monumento a Bécquer el día 9 de Diciembre de 1911, se ruega a las compañías que representen esta comedia, que sustituyan por las siguientes, las palabras que al final dice la *Ensoñadora* dirigiéndose al público.

### **Ensoñadora.**

En la última página del libro encontrado por mí en la Peña Vieja, escribió el desconocido viajero: «Este divino poeta no tiene en su patria un recuerdo que a todos hable de su gloria.» De tan sencillas palabras nació el pensamiento que luego dió vida a esta comedia, y que fué el de elevar en tierra sevillana, no lejos del río a cuyas orillas soñó el poeta dormir el «sueño de oro de la inmortalidad», el recuerdo que echó de menos el viajero desconocido; misterioso viajero, que olvidó para mí su libro en aquella aspereza donde hoy ha brotado una flor... Quienes compusieron LA RIMA ETERNA, para ello la compusieron no más. Hija del ideal, nació y creció entre alegría sana y generosa y lágrimas que reposan el corazón. Y cayó la poética semilla en tierras tan fértiles y amorosas, que en solo un año de vida y de camino logré recoger cosecha tan abundante que pudo trocarse en realidad lo que siempre había sido noble ilusión de los amantes del poeta de las golondrinas. En la hermosa Sevilla se alza ya el monumento que en bronces y mármoles cantará perpetuamente su gloria.



# OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Publicadas por la *Sociedad de Autores Españoles*:

- Esgrima y amor**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Belén, 12, principal**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Gilito**, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.<sup>a</sup> edición.)
- La media naranja**, juguete cómico. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El tío de la flauta**, juguete cómico. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El ojito derecho**, entremés. (4.<sup>a</sup> edición.)
- La reja**, comedia en un acto. (5.<sup>a</sup> edición.)
- La buena sombra**, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (7.<sup>a</sup> edición.)
- El peregrino**, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La vida íntima**, comedia en dos actos. (3.<sup>a</sup> edición.)
- Los borrachos**, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El chiquillo**, entremés. (7.<sup>a</sup> edición.)
- Las casas de cartón**, juguete cómico. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El traje de luces**, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El patio**, comedia en dos actos. (5.<sup>a</sup> edición.)
- El motete**, pasillo con música del maestro José Serrano. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El estreno**, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Los Galeotes**, comedia en cuatro actos. (4.<sup>a</sup> edición.)
- La pena**, drama en dos cuadros. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La azotea**, comedia en un acto. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El género ínfimo**, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.
- El nido**, comedia en dos actos. (4.<sup>a</sup> edición.)
- Las flores**, comedia en tres actos. (3.<sup>a</sup> edición.)
- Los piropos**, entremés. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El flechazo**, entremés. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El amor en el teatro**, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!** humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.
- La dicha ajena**, comedia en tres actos y un prólogo. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Pepita Reyes**, comedia en dos actos. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Los meritorios**, pasillo.
- La zahorí**, entremés. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La reina mora**, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (3.<sup>a</sup> edición.)
- Zaragatas**, sainete en dos cuadros. (2.<sup>a</sup> edición.)

- La zagala**, comedia en cuatro actos. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La casa de García**, comedia en tres actos.
- La contrata**, apropósito.
- El amor que pasa**, comedia en dos actos. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El mal de amores**, sainete con música del maestro José Serrano.
- El nuevo servidor**, humorada.
- Mañana de sol**, paso de comedia. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Fea y con gracia**, pasillo con música del maestro Turina.
- La aventura de los galeotes**, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote*.
- La musa loca**, comedia en tres actos.
- La pitanza**, entremés.
- El amor en solfa**, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.
- Los chorros del oro**, entremés. (2.<sup>a</sup> edición.)
- Morritos**, entremés.
- Amor a oscuras**, paso de comedia.
- La mala sombra**, sainete con música del maestro José Serrano. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El genio alegre**, comedia en tres actos. (3.<sup>a</sup> edición.)
- El niño prodigio**, comedia en dos actos.
- Nanita, nana...**, entremés con música del maestro José Serrano.
- La zancadilla**, entremés.
- La bella Lucerito**, entremés con música del maestro Saco del Vallo.
- La patria chica**, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.<sup>a</sup> edición.)
- La vida que vuelve**, comedia en dos actos.
- A la luz de la luna**, paso de comedia.
- La escondida senda**, comedia en dos actos.
- El agua milagrosa**, paso de comedia.
- Las buñoleras**, entremés.
- Las de Caín**, comedia en tres actos.
- Las mil maravillas**, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.
- Sangre gorda**, entremés.
- Amores y amoríos**, comedia en cuatro actos. (2.<sup>a</sup> edición.)
- El patinillo**, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.
- Doña Clarines**, comedia en dos actos.
- El centenario**, comedia en tres actos.
- La muela del Rey Farfán**, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.
- Herida de muerte**, paso de comedia.
- El último capítulo**, paso de comedia.
- La rima eterna**, comedia en dos actos, inspirada en una rima de Bécquer.
- La flor de la vida**, poema dramático en tres actos.
- Solico en el mundo**, entremés.
- Palomilla**, monólogo.
- Rosa y Rosita**, entremés.

**El hombre que hace reír**, monólogo.  
**Anita la Risueña**, zarzuela cómica en dos actos. Música del maestro Amadeo Vives  
**Puebla de las Mujeres**, comedia en dos actos.  
**Malvaloca**, drama en tres actos.  
**Sábado sin sol**, entremés con música del maestro Francisco Bravo.  
**Las hazañas de Juanillo el de Molaes**, apropósito.  
**Mundo, mundillo...**, comedia en tres actos.  
**Fortunato**, historia tragi-cómica en tres cuadros.  
**Nena Teruel**, comedia en dos actos y un epílogo.  
**Sin palabras**, comedia en un acto.  
**Hablando se entiende la gente**, entremés.  
**El amor bandolero**, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Bravo y Torres.  
**Los Leales**, comedia en tres actos.  
**La consulesa**, comedia en dos actos.  
**Chiquita y bonita**, monólogo.  
**Polvorilla el corneta**, monólogo.

---

Publicadas por la *Biblioteca Renacimiento*:

**Comedias escogidas:**

- I.—Los Galeotes.—El patio.—Las flores.
- II.—La zagala.—Pepita Reyes.—El genio alegre.
- III.—La dicha ajena.—El amor que pasa.—Las de Caín.
- IV.—La musa loca.—El niño prodigio.—Amores y amoríos.
- V y último.—La casa de García.—Doña Clarines.—El centenario.

*En tomos sueltos:*

La rima eterna, La flor de la vida, Puebla de las mujeres, Malvaloca, Mundo, mundillo..., Fortunato, Nena Teruel, Sin palabras, Los Leales y La consulesa.

*En preparación:*

**De la tierra baja**, cuentos andaluces.  
**Las aventuras de Tartajilla** (Apuntes de un maestro de escuela), novela para niños.

---

**Pompas y honores**, capricho literario en verso por *El Diablo Cojuelo*. Fernando Fe, Madrid.  
**Fiestas de amor y poesía**, colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.

## TRADUCCIONES

### Al ITALIANO:

- I fastidi della celebrità** (*La vida íntima*), por Giulio de Medici.  
**Il patio** (Il cortile sivigliano), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.  
**I Galeoti** (*Los Galeotes*), por el mismo.  
**La pena**, por el mismo.  
**I fiori** (*Las flores*), por el mismo.  
**La casa di García**, por Luigi Motta.  
**L'amore che passa**, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.  
**Mattina di sole** (*Mañana de sol*), por Luigi Motta y Gilberto Beccari.  
**Amore al buio** (*Amor a oscuras*), por Luigi Motta.  
**Anima allegra** (*El genio alegre*), por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.  
**Al chiaro di luna** (*A la luz de la luna*), por Luigi Motta.  
**Le fatiche di Ercole** (*Las de Caín*), por Juan Fabré y Oliver.  
**Donna Clarines**, por Giulio de Frenzi. Adaptación veneciana de Gino Cucchetti con el título de *Siora Chiareta*.  
**Il centenario**, por Franco Liberati.  
**L'ultimo capitolo**, por Luigi Motta y Gilberto Beccari.  
**Il fior della vita**, por los mismos.  
**Malvaloca**, por los mismos.  
**Ragnatele d'amore** (*Puebla de las Mujeres*), por Enrico Tedeschi. Adaptación veneciana de Carlo Monticelli con el título de *El paese de le done*.  
**La Zanze** (*La zagala*), por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

### Al ALEMÁN:

- Ein Sommeridyll in Sevilla** (*El patio*), por el Dr. Max Brausewetter.  
**Die Blumen** (*Las flores*), por el mismo.  
**Das fremde Glück** (*La dicha ajena*), por J. Gustavo Rohde.  
**Die Liebe geht vorüber** (*El amor que pasa*), por el Dr. Max Brausewetter.  
**Ein sonniger Morgen** (*Mañana de sol*), por Mary v. Haken.  
**Lebenslust** (*El genio alegre*), por el Dr. Max Brausewetter.

### Al FRANCÉS:

- Matinée de soleil** (*Mañana de sol*), por V. Borzia.  
**La fleur de la vie** (*La flor de la vida*), por Georges Lafond y Albert Boucheron.

### Al HOLANDES:

- De bloem van het leven** (*La flor de la vida*), por N. Smidt-Reineke.

### Al PORTUGUÉS:

- ◉ **genio alegre**, por João Solier.







PRECIO: 1,50 PESETAS